

AGUA MINERAL
FUENTE DEL INDIO
QUILLOTA



Sana, Agradable, Digestiva
La mejor para acompañar
las comidas.

Imposible pasar sin ella después de
haberla probado **UNA SOLA VEZ.**



Usé los productos

JUNOL

y ya no me cabe
duda de la tersura
y limpidez que ad-
quiere un rostro

Jabones

**PRODUCTOS
JUNOL**

Esencia

USELOS UD. TAMBIEN

JUNOL

LOS PRODUCTOS JUNOL

Rejuvenecen, dan al cutis
una transparencia verdade-

Polvos

ramente envi-
diable. : : :

Crema

Pruébelos-JUNOL-Pruébelos



Imprenta

Sud-Americana

A. PRAT, II22

EJECUTA TODO TRABAJO

◊ DE IMPRESIONES Y ◊

ENCUADERNACION. ◊ ◊

PRECIOS EXCEPCIONALES

RECIBE ORDENES DE PROVINCIAS





PLUMA
Y
LÁPIZ



Suscripciones: 1 Año \$ 15 00

Al Extranjero » 20.00

Para suscripciones, avisos, informaciones, dirigirse al señor *Arturo H. D'Alençon*, Administrador de PLUMA Y LÁPIZ, casilla 1684, Santiago; y al señor *E. Montenegro*. EL MERCURIO, en Valparaíso.

PRIMA LAPIZ

SEMANARIO DE ARTES

ADMINISTRADOR

Arturo d'Alencon

DIRECTOR

Fernando Santivan

DIRECTOR ARTÍSTICO

Cristóbal Fernández

PRIMER REDACTOR

Marín Escobar

Secretario: Daniel de la Vega

Correspondencia al Director: Casilla 2443

Oficina de Redacción: Morandé 432

Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,

Casilla, 1684

AÑO I

SANTIAGO, 30 DE AGOSTO DE 1912

NUM. 7

CONCURSOS LITERARIOS

En otra página damos cabida á una extensa información gráfica del último concurso organizado por el Consejo Superior de Bellas Artes, Letras y Música. Ha sido éste un acontecimiento intelectual al que no queremos ni debemos quitarle nada de su importancia. Todo lo que tienda á dar seriedad, á «profesionalizar» la labor literaria en nuestro país, forzosamente ha de ser bien mirado por nosotros, cansado como estamos de estrellarnos contra prejuicios imbéciles según los cuales escribir para el público es una entretención propia de ociosos y chiflados.

Pero por lo mismo que damos toda su importancia al auxilio que el Estado desea prestar á las letras nacionales por medio de estos certámenes, no queremos dejar pasar la oportunidad que se nos presenta de exponer nuestras ideas acerca de un asunto que de tan cerca nos toca.

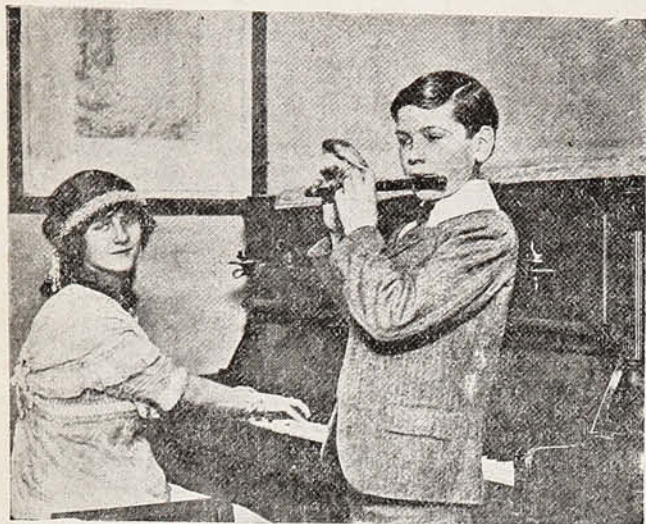
Desde luego, nos parece indispensable que se deje establecido que un primer premio priva del derecho de optar en concursos posteriores: más claro, que los escritores agraciados con un primer premio no tienen derecho á presentar trabajos correspondientes al tema en que obtuvieron aquella re-

compensa. La justicia y oportunidad de esta disposición son evidentes y no necesitan demostración.

En cambio, como una compensación, ó como un corolario de la disposición anterior, podrían, con esos escritores «hors concours», integrarse los jurados respectivos. Nadie más fuerte é intimamente vinculado que ellos á los Concursos ni más interesados en su buena marcha. ¿Y qué mejores títulos de autoridad para juzgar que las que ellos aportarían?

Además, es preciso pensar en llevar un poco de juventud á los jurados. Salvo contadas excepciones, son jóvenes los que, presentándose á los certámenes, les dan vida y justifican su repetición periódica.

Y no es lógico, es hasta incongruente que esos jóvenes no reciban otra sanción que la del juicio de personas cuyos gustos están enormemente distanciados de los suyos. Es necesario que en el jurado de cada uno de los temas haya por lo menos un representante de esa juventud que trabaja y produce y que tiene derecho, en consecuencia, á que sus gustos y sus ideas sean tomadas en consideración.



Curioso trio musical formado por un piano, por una flauta y un canario, que está haciendo furor en los teatros europeos.

DIÁ DE INVIERNO

(Fragmento de un diario)

Llueve.....

Esta melancolía y esta nostalgia que me rodean, son insoportables; nostalgia de Ud., nostalgia de sus miradas, nostalgia de su boca, en donde aún no he dado un beso que ansío tanto tiempo.

Hemos reñido! Al parecer, casi nada significan estas dos palabras, y sin embargo guardan un mundo. Es la ausencia de su voz, de su charla, de sus palabras, de su sonrisa. Y para un enamorado ¿cuánto significa esto?... Me he sorprendido varias veces buscando algo, una cosa perdida, un papel, un objeto, algo... He abierto mi cartera, he registrado mis bolsillos, he mirado hacia todos los rincones de ésta mi pieza de trabajo que guarda tantos recuerdos, y no encuentro lo que busco... Luego, de improviso, con profunda tristeza, he sonreído, —las sonrisas que valen por muchas lágrimas— comprendiendo que lo que busco es á ella, es á Ud., es á tí, y perdone este tra-

EN MEMORIA DEL P. AUGUSTO JAMET



Vista parcial del pocio durante la velada fúnebre celebrada el sábado último en el Colegio de los SS. CC. en memoria del R. P. Augusto Jamet.

tamiento que me ha saltado á los labios como un beso. Es á tí, á quien tarde ó temprano he de tratar así, porque espero, porque confío en las dulces y secretas sorpresas de la vida.

No me guardes rencor, que lo que hice fué en un momento de lijereza. Tengo mis nervios enfermos, de una enfermedad que sólo Ud. puede curar, y hay momentos en que ellos son tiranos conmigo y me hacen cometer locuras.

Esta enfermedad mía empezó cuando comprendí que la quería, y fué una tarde mirando de cerca, muy de cerca, su boca; tanto, que aspiré su aliento, que me dió la sensación de un contacto, ó de haber poseído de Ud., una dulce intimidad. Y mis nervios, y mi alma han sufrido desde entonces, día á día, hora á hora, hasta hacerme pensar muchas veces si sería necesario separarme de Ud. para mi tranquilidad.

Comprendo que estoy enamorado porque hay momentos en que la odio con todas mis fuerzas, y quisiera verla muerta, para darme la satisfacción del dulce é infinito egoísmo que nadie más dijera á sus oídos lo que yo digo, lo que yo he dicho, lo que tengo que decirle!

Llueve, y Ud. está lejos de mí en este instante!



La señora.—Desde ayer nadie ha tomado coñac y la botella está media...

El mozo.—Pero en todo tiene usted puesto los ojos... Una mujer como usted es el tipo de la mujer que á mí me convendría...

Qué paisaje más desolado tengo á mi vista; un poco de bruma, aleros de tejados tristes, una paloma que vuela perdida, y su recuerdo, y luego esta lluvia, esta lluvia tan helada, que por contraste me hace pensar en la dulce tibieza que he aspirado junto á Ud., en ese dulce calor de cuello de ave que he sentido junto á sus hombros.

Dios mío! si esta lluvia me hace recordarla con más intensidad, con más loco cariño!

Esta noche nos veremos en el teatro. Estaré junto á su palco. Cuando toquen el vals, en el segundo acto, míreme, un momento, para tener conciencia de su mirada y crea que Ud. me perdona dándome un beso del alma con sus ojos tan suaves, mientras me da aquel otro de sus labios, cuya espera acaso sea la que me hace vivir deliciosamente desesperado...

Llueve .. llueve... adorada mía... y esta amargura del paisaje la tengo metida en el alma. Vuelve mi alma á la alegría en nombre del secreto más adorado que tú guardes!...

LUIS DE MONTEOSCURO.



DEL DIARIO DE UN APÓSTOL

Para el catolicismo oficial el Padre Jacinto Loyson fué un hereje; para los pensadores, en cambio, sus enseñanzas y sus doctrinas hablaban de un apóstol sabio y santo que, á haber nacido en la Edad Media, hubiera muerto en la hoguera después de exaltar un movimiento tan radical como los de Lutero, Calvino y Zwinglio. Sin embargo, en nuestro siglo, más descreído y más indiferente, la lucha ideológica del tranquilo predicador no pasó más allá de algunas polémicas y de cierto gesto de rebeldía que lapidó la excomunión papal. Desde ese instante se inicia el verdadero período fecundo en la labor del Padre Jacinto: viaja á través de Estados Unidos; se establece después en Francia donde protesta contra el Syllabus y las encíclicas de Pío IX; contrae luego matrimonio en Londres es elegido cura de Génova por los católicos liberales; da conferencias; publica libros como «La Sociedad civil, en sus relaciones con el cristianismo» y «Mi testamento, mi protesta»; cuenta con adherentes hasta en las últimas ciudades del globo; sus enseñanzas se propagan: varias agrupaciones de modernistas le erigen en maestro y, como digno coronamiento de una labor de ochenta y cuatro años, lega á la posteridad la lección de una vida pura, quemada en holocaustos de un sueño y numerosas obras que perpetuarán su nombre á través de los siglos.

En 1861 comenzó Lyson el Diario que había de escribir hasta el 29 de enero de 1912, once días antes de morir. A través de esas anotaciones breves y nerviosas, analicemos sus ideas y algunos puntos de su doctrina. En ellas vibra el hombre íntimo, el convencido que hasta en sus arranques apasionados es un racionalista implacable.

El 22 de mayo de 1908 anotaba: «Mis dos deseos mayores han sido ser un santo y un pensador.» Su sueño se cumplió, ciertamente, hasta más allá de sus expectativas. Si como pensador el Padre Jacinto nada tuvo de original en cambio, fuerza es considerarle, como un sociólogo con vistas á la generación filosófica, digno de contarse entre los más esclarecidos divulgadores del credo modernista, que tiende á armonizar el catolicismo con la ciencia y á que sea posible el advenimiento de una religión más humana y fuerte. Como la de Murri y la de Fogazzaro, en este sentido, su obra es interesante y duradera: muestra bien claro el punto culminante de la crisis actual en materia religiosa, las razones de la decadencia católica y el avance del libre pensamiento. Las notas de su *Novissima Verba*, escritas durante los seis últimos años de su vida, son la mejor síntesis doctrinaria de su credo y dejan transparente hasta el fondo la tranquilidad apacible de esa alma blanca en cuyo seno sólo se reflejaron el bien y el amor universales. ¿No acusaban acaso humildad suma y mística resignación aquellas sus palabras estampadas el 17 de junio de 1906?: «Toda mi obra habrá estado en la palabra viva, y en algunos actos de conciencia sobre todo en el desenvolvimiento de mi vida interior.» Porque este apóstol que tan hondamente sentía el amor universal confrontaba á menudo su reposo interior con las violentas tempestades de la civilización para comprender una vez más que ante todo es preciso conocerse, juzgarse, sentenciarse y hasta sufrir la pena de un silencio largo antes de arrojar á la vida las semillas de las verdades amargas. Así, solamente después de vivir la verdad en sí mismo, después de triturarla en los aledaños de su espíritu, se vació al interior de la propaganda activa y tesonera; entonces afirmó rotundamente su protesta contra la infalibilidad del papa, entonces hizo de su liberalismo cristiano una enseñanza; entonces abrió el seno de la religión al amor del hogar.

Loyson intentó retrotraer, como muchos de sus predecesores, el catolicismo actual hacia el cristianismo primitivo de los apóstoles, humilde é injenuo. El sentía no poder afiliarse á ninguna secta religiosa porque su independencia de pensador le arrojaba de todas. «Soy toda una Iglesia» escribía en diciembre de 1907 y, en febrero de 1912, ya con la melancolía de sus fuerzas postreras, exclamaba lleno de una santa unción apostólica: «Porque ella (la Iglesia) se ha vuelto loca, no le puedo obedecer; pero como ella es mi madre no ceso de amarla y de respetarla.» Su liberalismo le encaminó, desde los comienzos de su carrera sacerdotal, hacia el intento de una reforma que pudiese vigorizar los fundamentos cristianos en fuerza de acordarlos con las tendencias actuales de la civilización.

Hasta este instante Loyson ha hecho la primera mitad de la jornada; en sus años siguientes se olvida de la reforma: los propósitos de Juan Selva (1) apenas si ocasionan los efectos de una débil tizana; la reforma es una utopía pues, pero una utopía peligrosa. Es preciso edificar de nuevo. Nada se puede cimentar sobre los dogmas del catolicismo. Loyson se revela consigo mismo y no confía ya en su sueño evolucionista. Del catolicismo no espera nada; es imprescindible crear una religión que sólo tenga de los antiguos cultos el sentimiento de humanidad y de comprensión. Recordando el error el protestantismo escribe con clarividencia suma: «El error de los protestantes consistió en pensar que la Iglesia era susceptible de una reforma. No aplicaron la ley sobre las cosas infestadas por la lepra (Levítico, XVI, 34 y sig): *Si se ve que la plaga se ha extendido en la casa, es una lepra irreterada... se derribará la casa.*» Al encarar de esta manera el problema religioso lleva su crítica demoleadora, siguiendo un casi ley fisiológica, al seno del propio modernismo: no es ya necesario reformar el credo católico, sino que es preciso formular la religión nueva, ajena á todo pasado odioso y que sólo tenga del cristianismo el amor á Dios; es decir, el fundamento de toda religión, y nada más. Un cuerpo viejo y descompuesto no se renueva, ni por medio de injertos, ni por medio de inyecciones: se mantiene y luego muere; es como un árbol centenario, cuyas raíces estuvieran carcomidas y cuyo tronco descascarado se mantuviese cubierto en un supremo esfuerzo de virilidad.

De tal manera Loyson como apóstol figura en la avanzada del pensamiento contemporáneo y se adelanta en mucho á los modernistas con su criticismo lógico y demoleador. Su sistema de terapéutica espiritual es anárquico si se le considera en relación á las reformas iniciadas por la Iglesia y en consonancia con su concepción filosófica y militante del credo futuro. El conjunto de sus doctrinas sustentadas durante los quince últimos años de su

(1) «El santo», de Fogazzaro.

vida constituyen hoy más que una base de reforma una religión enteramente nueva, una religión liberal, opuesta al catolicismo aunque sí entroncada con el cristianismo en la comprensión de la finalidad del amor universal.

El Padre Jacinto vivió cultivando en su huerto humilde el dulce sueño de un amor sin límite, de un amor fecundo que acercara á los hombres como atraídos por un lazo de confianza eterna. A través de él iba derecho hacia la naturaleza, á beber en la fuente castalia de sus enseñanzas el ejemplo de la vida fecunda; á él se entregó con los brazos abiertos. Hermano de Lutero en su honradez moral, encontró en sus virtudes divinas el secreto de su sed idealista de hombre fuerte; su esposa Emilia, fué para su conciencia de pensador lo que esa buena Kátte en quien comprendió de cerca el reformador de Weimar el verdadero espíritu de Dios, del Dios inmortal que perpetúa la existencia y aproxima las almas. «Después de un celibato tranquilo y feliz—escribe el 7 de noviembre de 1911,—prolongado hasta más allá de los cuarenta años, comenzaba á sentir las reclamaciones de mi ser físico y moral contra la gran ley de la naturaleza y de Dios ¿Qué hubiese llegado á ser de mí si me hubiese obstinado en seguir por esta vía falsa? Emilia, desconocida por mí antes de 1866, y que hubiese podido no encontrar nunca entró de repente en mi vida como un milagro de Dios, y gracias á ella fuí salvado por una fema libre, y también más fuerte, y por la pura y profunda felicidad conyugal. Jamás comprenderé el mundo lo que le debo á esta mujer, y yo acaso no acabe de comprenderlo más que en el cielo.» Es el mismo arranque de gracias que se escapaba de los labios de Lutero cuando encontró á la que fué la mejor compañera de su vida. Como él Loyson vivió en ella la doble tranquilidad del pensador y del hombre. A tiempo supo comprender aquello de que el sentido de la divinidad comienza en lo humano, con la vida y con la creación de los seres. La religión dejaba de ser para sus fines una cárcel de espanto y de esterilidad: el Padre Jacinto veía en ella una madre fecunda, una madre generosa que en sus días últimos le dejaría el placer de exclamar en su lecho de muerte: «En esta gran enfermedad me encuentro rodeado por los cuidados y el cariño de mis queridos hijos y de todos».

El 9 de Febrero de 1912 murió el Padre Jacinto Loyson, con la serenidad de un estoico. En su testamento dejó su postrera acción de fe con el siguiente último grito de cordura. «Deseo morir como he vivido, después del 20 de setiembre de 1869, con la resistencia de mi conciencia y de todo mi ser moral respecto del gobierno de la Iglesia romana, que estimo ilegítima y desastrosa».

He aquí el hombre y el apóstol. *Domine, quid me vis facere?*

ARMANDO DONOSO.

LO QUE PIENSAN ELLAS



Para los curiosos escarbadores de psicología femenina, que viven escudriñando los dobleces del alma de las coquetas y de las apasionadas, ha sido fuente de valiosos datos un original torneo de opiniones, organizado últimamente en Francia.

«Femina», revista parisién, abrió no hace mucho, un concurso de mucha novedad, que fué entusiásticamente acogido por todas las mujeres deseosas de mostrar á la luz pública los defectos de los hombres.

Esta reputada é interesante revista presentó una lista de setenta defectos, convidando á todas sus lectoras á que señalaran los diez más visibles ó vulgares en el sexo fuerte.



Las respuestas de las rencorosas lectoras no se hicieron esperar, pues á los pocos días llovieron las más francas opiniones, empujadas talvez por viejos rencores, amorcillos fracasados ó

más que todo, por el premio que debían ganar las más acertadas, que no era despreciable: trece mil francos...

Llegaron día á día paquetes de cartas de todas las provincias, haciendo subir hasta siete mil el número de las contestaciones.

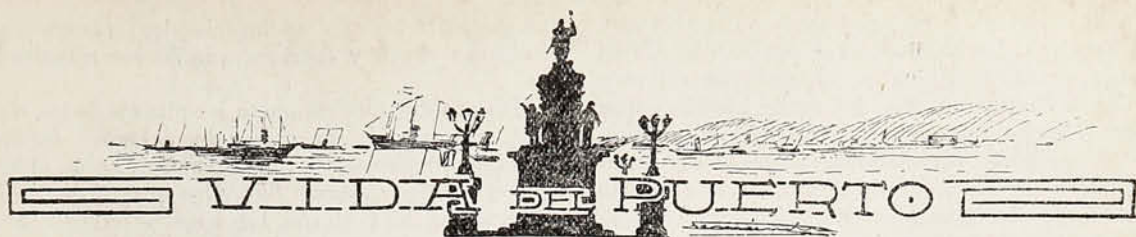
De los setenta defectos masculinos que presentó «Femina», los diez principales, según la opinión del bello sexo, resultaron los siguientes: los celos, el egoísmo, la infidelidad, la intemperancia, la inmoralidad (!), el despotismo, la cólera, la fatuidad, la pereza y la cobardía...

Nosotros estamos muy de acuerdo con que las mujeres nos llamen cobardes. Las pobrecitas están aburridas ya de nuestras timideces. Según su propia opinión, les sería agradable que fuésemos más audaces...



Es posible que muchas de ellas al emitir sus severas opiniones hayan sido sinceras, pero quién sabe cuántas al llenar el cupón delator, pensarían con melancolía y pena en muchos perezosos, infieles, egoístas, que se cruzaron en su camino en días mejores, y que no pudieron olvidarlos nunca...





Valparaíso, 4^a semana de agosto.

Horizonte marino.—Playa Ancha.—El malecón.—Los pontones.—Veleros y transatlánticos.—El encanto de la onda.

Altas barreras de edificios, pesados como bastiones de fortaleza, ocultan á los ojos del porteño, el cielo y el mar. El forastero ó el desocupado que deseen contemplarlos con sosiego en toda su amplitud, han de sortear los trenes y fardos del malecón, repechar los cerros del fondo, ó, lo que es mejor todavía, lanzarse en demanda del Parque de Playa-Ancha.

El contemplativo prefiere las avenidas frondosas y fragantes que desde la elipse bajan suavemente hacia el mar, recortando entre sus troncos, allá abajo, trozos de marina de un verde cabrilleante bajo el sol. Las olas avanzan en apretado rebaño desde el mar, como la corriente de un gran río que fuera á perderse en el fondo del puerto. Una vela ó un penacho de humo flotan entre el mar y el cielo, poniendo en alma pensativa en el paisaje.

Un trozo de playa riscal se extiende entre el camino y las rompientes de la baja marea. Despojos del agua y de la tierra, amontonados sobre la arena húmeda, denuncian el apetito de las familias que llegan por aquí los domingos y fiestas de guardar.

Nadie en las rocas solitarias que avanzan atrevidamente al encuentro de las olas. Nó, me engaño. Una pareja —un traje negro y una blusa clara— llenan una concavidad del peñasco por el lado del mar. Están juntos, tan juntos que por momentos no se ve sino un solo torso. Los pájaros baten sobre ellos sus alas perezosas, el viento pasa y el mar retumba á sus pies. Ellos permanecen inmóviles, mirando sin ver, en el éxtasis de lo que no necesita comprenderse.

Al atardecer el sol queda aprisionado por un cordón de nubes cárdenas que flotan sobre el horizonte del oeste. El agua se aclara inmediatamente, tomando con el ambiente la suavidad de colorido de un cuadro antiguo.—Su espléndida belleza de la mañana, violenta bajo el sol de mediodía, envejece gloriosamente cada tarde, para renovarse con el siguiente amanecer.

A esta hora, la ola que avanza sobre la ribera se aclara en un verde tierno que, al curvarse el oleaje para precipitarse de golpe hacia la orilla, adquiere la transparencia y la elasticidad de una banda de caucho... Tinte de cielo pálido, matiz de reseda, entre el manto oscuro del mar y su alba enflecadura de espuma.

Una humareda se arrolla en espirales que avanzan por sobre los cerros del mar. Luego una proa negra, cortando en cascadas las rompientes, se in-

clina hacia la orilla en busca del Puerto. Es un barco de gran porte, veleado por una larga navegación, que llega de los muelles atestados de mercancías de todos los climas y hombres de todas las razas, de Liverpool ó Hamburgo. La toldilla se puebla de figuras inquietas, cuyas miradas se adivinan clavadas en la ciudad donde espera el hogar fija, apacible, como la vida de los que permanecen fieles á la tierra.

Son gentes ricas que vuelven de conocer las ciudades más opulentas del mundo y sus maravillas naturales más celebradas; y, sin embargo un anhelo inconfesable de retornar á la patria les ha hecho fastidiosos los monumentos y los paisajes, las lenguas y las costumbres extranjeras. Su alma de cuando niños resucitaba en ellos, haciéndoles desear la casa de asoleados corredores, con su huerta de naranjos y nogales, su horizonte obscurecido por las alamedas y la cruz plantada en la cercana colina...

Al enfrentar el faro, el pesado barco de hierro se cruza con una esbelta fragata que despliega sus velas hacia alta mar. La blanca loma que cuelga de los mástiles se ahueca como un ala, se agita luego con palpitaciones rápidas y se hincha por fin llenándose con el soplo del sur. El barco se inclina ligeramente y emprende la carrera hacia afuera; se pierde poco á poco en la lontananza, parece ahora inmóvil y desaparece luego en las vaguedades del crepúsculo.

La pareja de amantes se ha puesto de pie, apoyando las espaldas en la roca, mientras que sus miradas se pierden en el vacío. Hay en esta hora más misterio en el mar, y una grandeza fría y serena apaga los entusiasmos de la carrera y el espíritu. Las manos caen á lo largo de los lánguidos cuerpos; con los ojos entrecerrados, el alma suspensa y adormilados los sentidos, se asiste á la muerte del día.

La sirena de la larga mujer lúgubremente, en tanto que el mar, como un coloso que se despierta, hincha su seno con un suspiro que corre á lo largo de la ribera. El oleaje cada vez más rápido se precipita contra las rocas, y como legiones en un asalto, pasan unas olas sobre el cuerpo de las otras hasta dominar los arrecifes. Al tocar el lindo extremo de su dominio, el mar se queda inmóvil, hinchado, monstruoso, bajo el resplandor de la luna llena que se recorta sobre el follaje negro de los pinos.

El malecón, en el barrio comercial, atrae por un interés opuesto, el hervor de la vida, la trage-

dia humana del trabajo y el triunfo de la potencia de la máquina. Locomotoras que pasan tañando su campana, pitazos estridentes, choques de carros y zumbido de hélices á flor de agua; hombres que desfilan á largas zancadas con un fardo al hombro, inmensos calderos ó trilladoras que son suspendidas por la grúa del fondo de una lancha á lo alto de un castillo de maquinarias; voces de prevención, reniegos, dicarachos, todo se mezcla y rebulle con rapidez alucinante.

El trabajo se prolonga sobre el agua, en la vasta cubierta de los lanchones, donde la marmita vieron colgada de un alambre, la mujer adereza su humilde habitación del día, los niños retozan á lo largo del entrepuente y el perro familiar monta la guardia con los remos anteriores puestos en una banda, la cabeza sobre el agua y los ojos atentos á la evolución de peces y aves marinas.

Aún más lejos el ruido de la labor no se interrumpe: es en los viejos pontones enclavados en fila, á retaguardia de los barcos en servicio activo. Allí bate el martillo las planchas de cobre, aplasta los remaches y rechina de sierra al morder los maderos casi petrificados por el agua de mar. Los martinetes de los diques envían la granizada de

sus golpes, á los que se mezcla de tarde en tarde el alarido ronco y entrecortado de los remolcadores.

Más prolongados resuenan los pitazos de los *donkies*, esparciendo la orden de cesar el trabajo. El vapor se escapa, las anclas caen al agua, el brazo del pescante queda fijo y los grupos de cargadores salen del malecón. Los pocos eléctricos abren su ojo parpadeante á lo largo de la playa y un rosario de luces rojas y blancas se entrecruza á través del puerto.

A medida que la sombra baja sobre la ciudad las luces se multiplican, trepando los cerros como enjambres de luciérnagas. Los rojos faroles que penden de los mástiles de los navíos se confunden con las lucesillas que se reflejan en las ventanas de los barrios obreros, simulando, ya una ciudad flotante, ya un bosque de luminarias. Y por sobre ella el fanal del faro hace girar sus antenas reverberantes, como rayos de una rueda en marcha por entre las constelaciones, hendiendo las tinieblas amigas del silencio.

MONTENEGRO.

RETRATO EXTRAORDINARIO

Rostro que olvida el vulgo; blanco, duro y en [donde]
como en cuencas azules tu belleza se escond:
tus inmóviles ojos que son dos extranjeros
profundo y suntuosos, extraños pero fieros.

¿Qué tienen tus encantos? Por más que siempre [ronde]
la sonrisilla oblicua; por más que siempre ahonde
ese horror de esqueleto y esos tonos de aceros,
no sé si son sagrados, compuestos ó severos.

Talvez hayas venido de un raro continente
donde se mezcle el fruto de Noruega y Oriente;
donde exista una raza milagrosa y tranquila

que esparza por el mundo sus ocultas beldades,
sus gitanas del Sueño — bálsamos de ciudades —
con un sol enigmático en la vasta pupila.

ALBERTO MORENO.

En Valparaíso.

EN LA LEGACION DEL URUGUAY



¡POBRE FEO!

(TRISTE HISTORIA DE UN FEO)



DE ISABEL

Tierna lectora:

Estos fragmentos son auténticos: pertenecen á una serie de cartas escritas por dos primas mías que con su madre viven en Valparaíso, en una casa de pensión. Apenas si he tenido que corregir las de mi primita Luisa, cuya instrucción de primer año de humanidades no basta para ofreceros lectura fácil, respetuosa de vuestra gramática y de vuestro buen gusto. Si sois frívola, superficial, indolente, no las leáis, que casi nada os dirán, — ó leedlas sólo para reír con la inconsciente crueldad de la pequeña Luisa. — Pero si merecéis el adjetivo que os doy en el tratamiento, si tenéis un corazón abierto al dolor y á la ternura, las cartas de mis primas, en medio de su comicidad terrible, no os permitirán reiros sin que la risa, después de florecer en vuestros labios, caiga, como un clavel dolorido, en ofrenda piadosa para aquellos á quienes un designio incomprensible de la Naturaleza parece haber condenado á retorcerse los brazos en la soledad.

Como mi prima Isabel, acaso también vos hayáis encontrado en vuestro camino un José. Son muchos los que por ser muy feos, muy tímidos y muy débiles, se consumen en su sed infinita de ternura, en su hambre de amor que nunca una bella saciará, sufriendo la crueldad suprema del vientre monstruoso que los concibió débiles y desarmados ante la Mujer y ante la Vida.

E. B.

Agosto 9.

.....
Sé á quién te refieres, á quién se ha referido Luisita en la postal que te ha escrito. Eso es un absurdo. Es verdad que... (me da vergüenza decirlo)... es verdad que el señor ese demuestra más que simpatía por mí; pero... yo no tengo la culpa, yo jamás le... ¡Bah! protesto de la infamia, eso es: no necesito explicarme, defenderme; protesto, simplemente. No, no te rías. Estoy enojada de veras. Y si conocieras al tipo, me darías la razón. Siento no tener un retrato suyo, para que lo conozcas y

comprendas mi rabia. Voy á procurar hacértelo. Es de una fealdad que desconcierta. Figúrate un muchacho muy largo, muy largo y con esa flacura del adolescente que ha dado un estirón después de unas fiebres. Tiene la frente acartonada, estúpida; las mejillas, como cuevas al pie de dos pómulos que son dos juanetes. Las pestañas, — ¡qué horror! — son plumizas y sobre su piel, plumiza también, parece que se desmayan los labios blancos, arrugados, fofos... ¿Quién sería capaz de darle un beso?.....

DE ISABEL

Agosto 11.

.....
¿De veras, te interesa el personaje? Lo que no consiento es que me digas «dame cuenta detallada de tus amores con él». No me molestes. Bien está que como literato te intereses por esta clase de personajes: son muy curiosos; pero no me ofendas, déjate de picardías con tu prima..... Apareció José, — así se llama, — el domingo último. La dueña de la pensión nos lo presentó á la hora del almuerzo. Ya después del primer plato, tenían todos deseos de aludir al nuevo. Aurelio, un pensionista muy burlón y muy divertido, fué quién rompió el fuego. «Usted es bien alto», le dijo. José, sonrojado, trinchó el *beefsteak* y tuvo la ingenuidad de responder, manso y todo confundido: «Desde niño prometía yo ser muy alto». «Y ha cumplido usted su palabra», le contestó Aurelio. Con esto, ya te imaginarás: risas en las galerías.

Luego vino un silencio. Todos nos mirábamos, conteniendo la risa; y él, más encarnizado con su *beefsteak*. Pero nos había quedado gana de reír y recurrimos á decir chistes, chistes sobre los sirvientes, chistes sobre los guisos que nos da *misia* Loreto, chistes sobre todo y á propósito de todo. Y qué desabridos... Y cómo nos reíamos, sin embargo. El también se reía; y nosotros, al verlo inocente, ¡más risa! No era para menos. ¡Infeliz!

Después de almorzar, — tú sabes cómo se murmura en las casas de pensión los domingos después de almorzar, discutimos el nombre que le pondríamos al nuevo. Que «Camello», que «Escalera de boticario», que «Bambú», que «Escape de gas». Decidimos ponerle «Bambú», por ser de Aurelio la ocurrencia, del ocurrente de la casa. «Bambú» da idea de su altura escandalosa y de su terrible delgadez, cierto; pero él es descoyuntado, lacio. Parece más bien una tripa, por su color de grasa, por su cuello elástico que se alarga y se encoje. Tiene también una manzana de Adán como una rodilla de Don Quijote y, además, es de un aire uraño, ensimismado, tristán. No sé, no estoy conforme con el apodo. Pero se lo puso el payaso de la casa. ¡Qué rabia! ¿Por qué será, primo, que

cundo una persona con fama de graciosa dice algo, aunque ese algo le resulte desabrido todos se lo celebran?...

DE ISABEL

Agosto 15.

.....
Sí, primo; sí, curioso; me hace el amor. Precisamente por eso no te he escrito estos días. Estoy irritada, furiosa; no quisiera oír hablar de él. A no ser porque te he prometido contarte... En fin, ¿qué te diré?... ¡Que me carga! No me dice nada, no. Es muy tímido, parece de esos seres solitarios que se sienten mal en sociedad. (¡Y tiene razón!) Pero me mira, me mira, me mira, con ojos de perro humilde que implora de su amo una pílgrafa. Es desesperante. Yo debo ponerle cara de hiena; porque se va, entonces, con un gesto de tristeza profunda, con los enormes brazos colgantes, más feo que nunca. ¡Imbécil, camello, qué se habrá figurado!

* No estoy de humor, no te digo más hoy.....

DE LUISITA

Agosto 17.

.....
Yo te escribo porque Isabel no quiere escribirte hoy tampoco. ¿Será tonta? Está furiosa con lo de Bambú. En lugar de hacerle caso para reírnos un poco... Pero yo te escribo, porque se me figura que de esto vas á sacar tú alguna novela... Ya tengo mucha confianza con él: hemos peleado y todo. Anoche me contó un pensionista que una vez le dieron á Bambú con la puerta en las narices y que con el golpe, la nariz, como es tan puntiaguda, se le quedó clavada en la puerta. Yo le pregunté á él si era verdad esto y se enojó conmigo. Pero al poco rato nos pusimos bien, porque yo le estuve contando á qué paseos va siempre la Chabelita y qué dulces le gustan más. Entonces me llevó á su cuarto y me regaló una docena de postales preciosas. No tiene un santo en las paredes, ni siquiera un Corazón de Jesús, que lo tienen hasta las puertas de calle. Qué raro, ¿no? ¿Será masón? A la cabecera de la cama tiene un retrato de su mamá en un marco antiguo de esos que dan miedo. Igual, pero lo que se llama igual á él era la vieja. ¡Pobre! No quiero burlarme de ella; no se juega con los muertos.....

DE ISABEL

Agosto 18.

.....
Tienes que reprender á Luisita. A costa de ese infeliz está dando espectáculos que serán todo lo cómicos que se quiera, pero algo tristes, desagradables. Anoche me dió mucha lástima lo que pasó El pobre Bambú, que ha adoptado una jovialidad melancólica delante de mí, aventuró no sé qué ga-

lanteos y no sé qué preguntas, como tratando de saber cuál era mi ideal de hombre. Luisita, indignada, la muy pícara, le dijo: «—Es usted capaz de creerse buenmozo.»

Jamás, jamás se ha figurado él tal cosa; yo te lo aseguro: vé que á cada instante tropieza la frente contra las lámparas; sabe que sus orejas atortilladas sobre el cráneo, y con puntas, como si se las hubieran pellizcado al nacer, son indecentes; reconoce que su garganta de tripa enrollada se asoma como el badajo de una campana por el cuello de la camisa.—porque usa unos cuellos... para sacarlos abrochados y con camisa y todo por encima de la cabeza; — no ignora, en fin, que ni sus escuálidos brazos que moldean los codos en las mangas, ni sus pies enormes y planos, ni sus inverosímiles canillas son prendas de belleza.

Pero volvamos al relato.

«—Mírese al espejo», agregó Luisita. Humillado, mudo, se desplegó él de su asiento, como algo dobladizo; y se fué... Al pasar frente al espejo, se miró á hurtadillas, rápidamente. Yo ví también su imagen reflejada: aquel talle de niño, aquellas piernas sin fin: una albóndiga montada en un compás. ¡Qué crueldad de la Naturaleza!

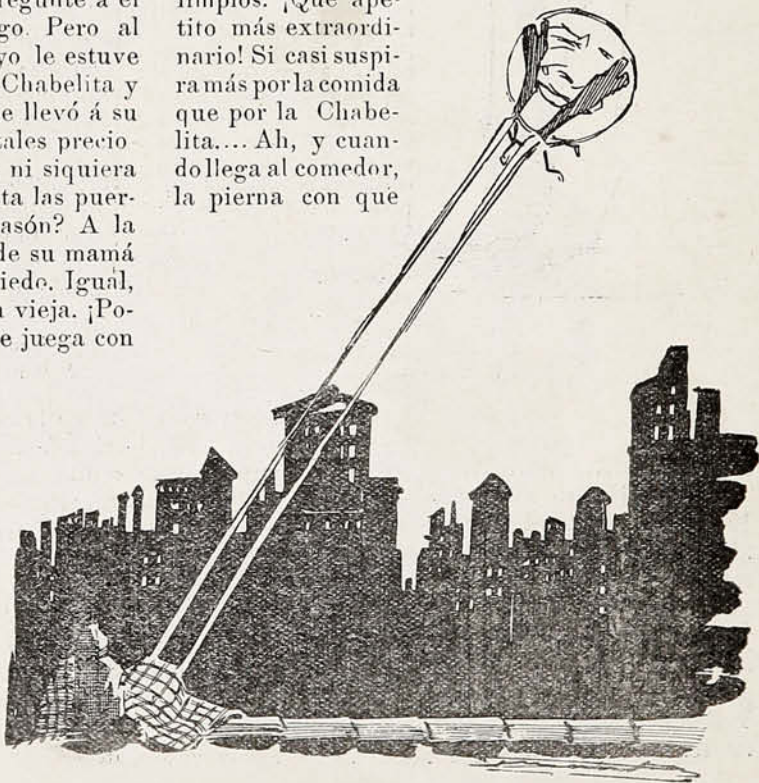
«—¿Han visto?, dijo Luisita. Tiene la facha de un reo, una cabeza de asesino, con ese pelo cortado á lo perro.»

Debes reprender á esta chiquilla. Así como es capaz de hacer comparaciones, es capaz de comprender lo que hace. A mamá ya no le obedece...

DE LUISITA

Agosto 19.

.....
Tú crearás, primo, que un tipo tan flaco ha de comer muy poco. Te equivocas. Deja los platos limpios. ¡Qué apetito más extraordinario! Si casi suspiramos por la comida que por la Chabelita... Ah, y cuando llega al comedor, la pierna con que



entra aparece dos minutos antes por la puerta. Aurelio se ha fijado en esto, reloj en mano. ¿No te decía yo que sus piernas son las más largas del mundo?.....

DE ISABEL

Agosto 22.

.....
He tenido que reírme por fuerza. Luisita le ha dicho que me gusta mucho el piano. Sabe tocar y —cosa rara— él, tan pavo, tan lánguido, lo toca todo con un airecito jovial, todo rápido, picadito, coquetón, como salpicando apenas los dedos (¡sus dedos!) sobre las teclas.....

..No dejes de reprender á Luisita. Se ha propuesto desesperarme. Le da cuenta de todos mis gustos y aficiones, y ahora tengo al muy... Bambú amoldándose á mi horma. Y lo peor es que los pensionistas me crucifican á bromas por mi poder seductor (!).....

DE LUISITA

Agosto 23.

.....
Ya lo domino. Vieras tú cómo lo mando. «—José: desdóblese» Y él se eleva de su asiento, como si fuera una de esas tiras con vistas de ciudades. «=Pliéguese.» Y él se vuelve á sentar. No se molesta; se ríe. No le queda más remedio: si está mal conmigo, no sabe el parecer de la Chabelita sobre sus tonterías.....

DE ISABEL

Agosto 30.

.....
Había dejado de escribirte por no considerar de importancia los acontecimientos. Pero se han ido sucediendo unos tras otros y han formado, por su cantidad, un conjunto considerable, alarmante, digno de que te lo cuente. Te he dicho alarmante y es verdad. Créeme, por momentos tengo miedo. Ese hombre me va pareciendo capaz de todo. Lo soporta todo, por mí ¡Qué tenacidad! ¿Cómo es posible sufrir tanta insolencia de Luisita, tanta indirecta de los pensionistas y perseverar en un propósito que yo de mil maneras le manifiesto ser descabellado? Sí, primo; te lo juro, estoy alarmada. Me obsequia cuanto considera de mi gusto. Ayer me trajo castañas en almíbar; el sábado, una mata de crisantemos... Y he tenido que recibirle los regalos: ante las sátiras de los demás, se me hizo duro desairarlo. El caso es que me tiene loca. Ya te he contado que toca el piano y que lo toca muy á menudo ahora, por saber que á mí me gusta la música. Pues hasta en esto, por agradarme, me produce más alejamiento. Imagínate; al preguntarme qué deseo escuchar, me entona las melodías... ¡y con esa voz de fuelle, insonora, que sale de su boca lívida con expresión de fatiga! Es terrible: me causa malestar... Otra: lo encuentro en todos

los paseos, muy enflorado, muy elegante. (Eso sí: nunca se ha vestido mal, aunque nada le sienta, al pobre.) Y siempre asediándome y cargándome... ó haciéndome sufrir con la compasión que me causa. Ahora se empolva, se afeita diariamente, se hace *toilette*. ¡Infeliz! ¿Puede una imaginar un espíritu amable, un espíritu de coquetería en la vaina de un sable? Ya no se muestra con aquel continente lánguido y melancólico; se ha hecho locuaz, alegre. Y no sé de dónde ha sacado un inmenso repertorio de refranes y proverbios: «El ha decidido radicarse en Valparaíso porque ha vagado ya mucho y *pietra que rueda no cria mugro*; porque ha de ir pensando en el porvenir, en formar un hogar (!) ¿Lo alcanzará? *La gota de agua orada la piedra*... A veces, oyéndole, no puedo contener la risa. Lo advierte y ¡otro refrán! «*Quien á solas se ríe, de sus maldades se acuerda*. ¿Por qué siente usted tan poca simpatía por mí, Chabelita?» Cuando me preguntó esto último estaba Luisita presente y, con su inconsciente crueldad de niña, le respondió por mí: «—Por su nariz. José» «—Por mi nariz. ¿Y qué tiene mi nariz?» «—¿Su nariz? Nada. Usted tiene la misma nariz de su madre»... ¡Figúrate! Creí que Luisita se había ganado una cachetada. Lo merecía. Es terrible, diabólica, la criatura. Sin embargo, él calló, limitándose á mirarme, como para decirme: por usted lo tolero todo. Pero poco después se fué, para no salir en todo el día de su habitación. Y las crueldades de la muy pícara de Luisita no tienen fin. Cada día son mayores. Ahora, por lo visto, no nacen de un mero deseo de reír; sino de un odio á muerte por el infeliz Bambú, quien la ofende con el sólo delito de quererme. En otra ocasión le dijo: «—Cálese, horroroso. A usted le debían haber torcido el pescuezo en cuanto nació, porque no hay derecho á ser tan feo.» ¿Qué te figuras que hizo él ante semejante grosería? Se quedó pensativo un momento, como apreciando el fondo de verdad dolorosa que pudieran tener estas palabras; y al fin murmuró, con una sinceridad de partir el alma: «—¡Cierto!...» ...¿Ves? Todo esto será cómico, pero muy desagradable.

Y de los pensionistas para qué hablar! Valiéndose de Luisita, lo agobian á burlas. Aurelio le ha compuesto unos versos. Luisita suéle declamarlos por las noches en el salón. Cuentan estos versos que Bambú, el que

«en cuclillas parece una langosta
y de pie puede dar besos al sol»...

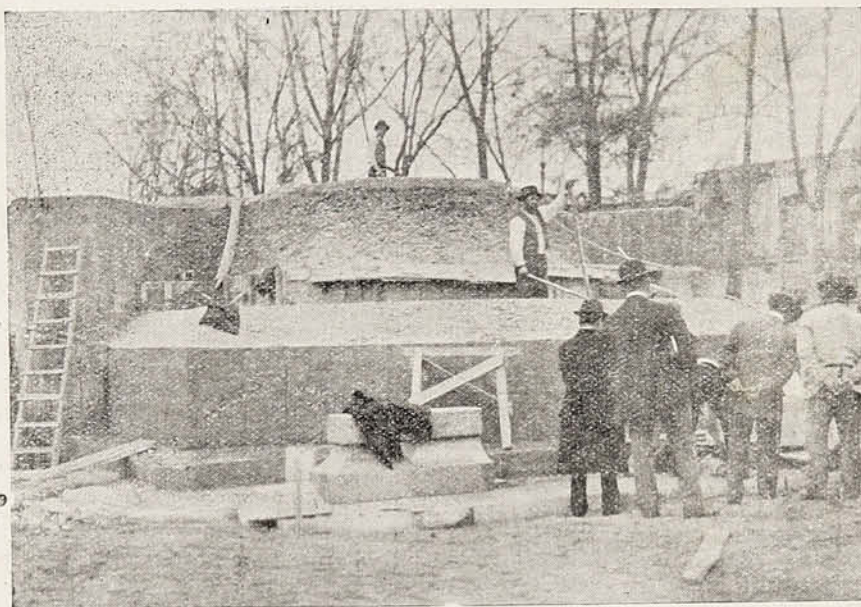
no cabe en la cama; pero que su ingenio ha remediado el defecto. Coloca tras el catre dos sillas, de suerte que sacando por entre los barrótes sus «luengas tibias», (así dice el verso), las coloca encima de los «suplementos», previamente enfundadas en unos pantalones viejos, y logra así estirarse y dormir cuan largo es. Luego viene otra estrofa contando que el cuerpo de Bambú se eleva tanto de la tierra, que logra sentir el calor de la luna. Y la última estrofa dice que una noche de espantoso frío, Bambú no consiguió hacer entrar en calor sus pies. ¿Qué hace, entonces? Se levanta de la cama, se cala cuanto abrigo halla en su ropero y, subiéndose al tejado, se acuesta sobre las tejas, levanta las piernas y (¡oh prodigio!) sus pies, junto

á la luna, reciben la tibieza tan buscada. Como ves, ya esto pasa de castaño obscuro. ¡Y no se va de la casa! ¿Tendré razón para estar alarmada?

Pero, antes de terminar voy á contarte lo que ocurrió anoche. Ya esto es triste de veras, Estábamos en el *skating ring* y nos aprontábamos para patinar, cuando en esto se me acerca Luisita y me dice: «—Míralo agachado y dime si no es verdad que parece una langosta, como dicen los versos.» Miro, riéndome, y veo á José probándose unos patines en un rincón. Aparté la vista de él. Presentía otra escena de burlas y me dolía ya formar entre los que le humillan y le hieren y le envenenan la existencia. Sentí una gran piedad por él y ¿creerás? tuve una secreta alegría: entre tanta gente, dije, pasará inadvertido y patinará y se olvidarán estos demonios de él y se divertirá un buen rato y... y yo patinaré con él. ¿Por qué nó? ¡Pobre! Pero cuando ya todos estábamos lis-

se guardar su papel pasivo ante aquella multitud hostilmente alegre, agresivamente hermosa que con sólo ponerse frente á él le pisoteaba. Toda la noche sufrí por él. Lo sentía deprimido, perseguido en sus expansiones, emponzoñado en sus sueños de felicidad... Y no pude divertirme. ¿Por qué no se irá de nuestra pensión? Le sería fácil olvidarme. Hay tantas de mal gusto. Pero... también estos demonios de la pensión no pueden reunirse jamás sin elegir una persona para blanco de sus burlas ú objeto de diversión. ¡Qué brutos! Me da una rabia...

Me han dado las doce de la noche escribiéndote. Como esta carta, por lo difícil, me obligó á hacer borrador... Y lo peor es que me ha hecho llorar. En fin, hasta mañana ó pasado, si es que ocurre algo digno de mención. No te olvides de reprender á Luisita. Ya ves que lo merece.



LA GRAN FUENTE EN CONSTRUCCIÓN DEL PARQUE FOESTAL

tos, lo veo frente á mí, embobado, contemplándose... y sin patines. «—¿No va usted á patinar?» le pregunté «—Nó, no me gusta; la veré patinar á usted, Chabelita.» No sé si me equivoqué, pero creí hallar en su expresión una tristeza profunda, algo así como el reconocimiento de que no eran para él los goces de nosotros, de que viéndose incapacitado por sus defectos físicos para asociarse á nuestras diversiones, prefería colocarse al margen para no desentonar en nuestra comparsa, para no arrancar una vez más *las risas de las galerías*. Mientras tanto, Luisita se había aproximado á nosotros y, con su odio exagerado al pobre Bambú, se entregaba á su diabólico placer de hacer sufrir al infeliz. «—Bah, dijo, no quiere porque no puede. Se ha probado los patines más grandes y le han quedado chicos.» Una sonrisa, como siempre, una sonrisa fué la respuesta del buen José. Y qué amarga, qué humillada, qué triste. Luego, se apartó, en silencio, como si temiese que siguiendo en nuestro grupo sobreviniese el atroz regocijo de los demás, las risas envenenadoras, el cambio de miradas, y él prefiríe-

DE LUISITA

Septiembre 1.

.....
¡Ay, primo de mi alma! ¿Cómo quieres que no me ría? ¿Creerás que porque el domingo le dije que nada le fastidiaba tanto á la Chabelita como los hombres tragones, nada más que por esto, ahora apenas toca los platos? Si es muy bruto. No le tengas lástima y no te molestes conmigo.

DE ISAREL

Septiembre 5.

.....
A Luisita no se le puede soportar ya. Ahora no conforme con burlarse del desdichado José, le insulta, le ofende, le saca á cuento la fealdad de su madre, hasta le da de puntapiés. Anoche tuvo el descaro de recitarle los versos que le compuso Aurelio. José, furioso, quiso averiguar quién los había escrito y hubo una escena tremenda, de

resultas de la cual dicen que el pobre joven amaneció enfermo. Hoy no ha salido de su cuarto. De un disgusto así, digo yo, puede caerse muerta una persona.

DE LUISITA

Septiembre 6.

Mamá me ha pegado por culpa de ese animal, que ya lleva dos días haciéndose el enfermo para que me castiguen. Como la Isabel está de su parte... Hipócrita, coqueta. Después que se reía de él, se la lleva mandando preguntar por *la salud de José*. José, José... De repente le dirá Pepito. Bion dicen que las mujeres son unas farsantes. Gracias á Dios que todavía no soy mujer. Ah, pero me han de pagar todas las que me están haciendo. ¡Bonita cosa! Pegarle á una por la estupidez de un extraño...

DE ISABEL

Septiembre 8.

Las cosas van muy mal, mi querido primo. Francamente, no sé adónde irán á parar. Me había limitado estos días á mandar preguntar por él: simple cortesía para con un enfermo de la casa. Pero esta mañana me contó la sirvienta que el pobre, aunque dice que está enfermo, no se ha metido en la cama desde la noche del disgusto. Me inquietó de tal modo la noticia que, ya en la tarde, rogué á un pensionista fuese á verlo y á enterarse de lo que realmente pasaba. Yo, como había pasado todo el día con la preocupación, estaba nerviosísima y fui á escuchar frente á la puerta. No podría repetirte cuanto escuché. Por suerte, como casi todo me lo repitió después mi emisario y como me ha interesado tanto, creo poder coordinarlo y escribirte. Haré la prueba. No importa que mañana me hagas bromas diciéndome, como la vez pasada, que me estoy haciendo literata. En ese caso, con el roce...

« Quisiera poder eternizar estos días,—dijo al saberme interesada por su dolor,— poder continuar así toda mi vida, en este cuarto, enfermo de mi pena, para seguir recibiendo estos recados de ella, los únicos de este género en mi vida, ya que no puedo pensar en otra dicha mayor. ¿Las bromas de ustedes y de Luisita? No me encolerizaron nunca. Tan sólo me mostraban cada vez más claro el abismo que hay entre ella y yo. Este era el único aspecto interesante de las cosas para mí. Sin embargo, no desesperaba; exploraba constantemente dentro de mí, cambiaba de actitudes, ensayaba nuevos modos de ser, esperando encontrarme alguna cualidad, algún aspecto que talvez yo mismo ignorase tener y que, marcándome una nueva norma de conducta, me acercase á ella. ¡Sueños! Cada vez me le hacía menos simpático. Ahora lo veo. Me falseaba y valía menos aún. Era la esperanza lo que me impulsaba, era esta esperanza absurda de los muy desgraciados que creemos... aún en lo imprevisto, en la magia... y forjamos: sobre ello cada torre, cada monumento... que al fin sólo

sirven para caernos encima y aplastarnos... no es el disgusto con ustedes la causa de mi estado actual; es que aquella noche, desvelado, pensé mucho y medí en su verdadero valor la realidad. No le guardo rencor á nadie. Si esto me ha pasado siempre, desde el colegio. A mí no me han querido nunca, ni los amigos. No soy simpático ni comunicativo ni alegre; soy áspero, huraño, feo... Para mí las palabras «amor», «cariño», suenan como el eco de algo muy bello que existe en el camino de los demás y que Dios no ha querido poner en el mío. Y á pesar de esto, ¡qué necesidad he tenido siempre de amar! Así es como este amor mío, ahorrado por la fuerza en mi corazón, se ha refugiado entero en ella. Pero ¿no le parece á usted que soy un iluso? Ah, si al menos pudiera ser esta una ilusión eterna... Pero presiento el fin de ella. Se me ocurre que cuanto estoy sufriendo es el comienzo, únicamente, de algo que ha de abatirme. No, no me contradiga. Los desgraciados tenemos corazón de profeta... »

Mi emisario le preguntó si había logrado hablar conmigo alguna vez acerca de esto.

—«Nunca,—contestó,—nunca vislumbró ella mi verdadero espíritu. No sé por qué siempre aparecí falseado ante ella. Muchas veces las circunstancias le obligan á uno á encogerse en sí mismo y á mostrarse diferente de como es; sobre todo cuando el medio en que vivimos nos es hostil. Y, usted sabe, yo he vivido aquí siempre desconcertado en medio de tanta burla. Además, soy débil, no sé imponerme. Desde niño me amansaron las gentes.»

—«¿Y por qué no le habla usted ahora?—le insinuó mi emisario. José respondió:

—«Nó, nó, nó. Comprendo las aspiraciones que tendrá ella. Son muchos sus méritos y sus encantos. No debo protestar ni decir una palabra. No hay derecho á ser tan feo, me dijo una vez Luisita. Es cierto. A mí debían haberme torcido el pescuezo apenas nací, como piensa esa chiquilla. Y perdóneme si le molesto con mis lamentos. Cuesta tanto resignarse... No hay muerte sin agonía. Déjeme usted hablar, siquiera. La tortura es superior á mis fuerzas. Y usted ha venido á abrirme una válvula. Perdóneme si abuso. Reviven mis desgracias del pasado y recrudece la negrura del porvenir: la soledad, siempre la soledad. A sangre fría, estas cosas son cursis, ya lo sé. Pero no sabe usted la amargura de sentir abolida la felicidad cuando no se ha tenido siquiera la pobre dicha de comenzarla... »

Y no recuerdo más, primo. Se me escapan muchas cosas, algo de su madre, qué sé yo. No podría recordar más en este momento. No cesó de llorar, te soy franca. ¡Quién hubiera sabido antes todo esto! Las mujeres jamás nos detenemos á considerar estas cosas que los hombres no hablan. Ya ves: yo permitía que se burlasen de él, y le detestaba, le detestaba...

...Y ahora, ¿qué debo hacer? ¿Lo que mi corazón me dicte? Tengo miedo. Te pido un consejo. Te prevengo con toda franqueza, que ya hoy no podría querer á estos hombres que no han sufrido y viven en una indiferencia espantosa... Pero, el caso es que... es tan feo, tan feo, el pobre José. Sin embargo, es limpio, viste bien, tiene los dientes blancos y sanos y aún su tristeza me parece

hora hermosa... Y ya tengo también veinticinco años. Casi una solterona, una carga para mamá. En fin, aconsejame tú. Tú tienes corazón y conoces la vida...

MI CONTESTACIÓN Á ISABEL

Santiago, septiembre 9.

Pobre primita mía. Qué buena eres, qué buena y qué graciosa. Conque ¿una solterona de veinticinco años? En esto sí que has hecho literatura, y literatura cursi, que es lo peor. En lo demás, no. En la mujer sucede lo que en el pueblo: dice las cosas muy bien cuando le salen de muy adentro. La intensidad y el colorido de tus últimas cartas sólo me prueban hoy que sientes muy hondo la desgracia de Bambú. Y, en parte, lo celebro: así has vivido más, vida intensa y útil. Pero te aplaudo en este único sentido. Mi consejo, mi consejo frío, sereno, es duro, va en contra de tu encantadora sensibilidad y acaso la hiera. Al dártelo no procedo por un sentimiento que pudiéramos llamar un egoísmo de familia, no. Bien dolorido me tiene el pobre José. Sobre todo, hay en su vida algo que desgarrar: su terrible y justa falta de esperanza. Ni es iluso ni es torpe; sabe que su existencia correrá sombría y abominable, mientras el amor sea la suprema ley de la vida, lo irremplazable, lo único irremplazable. Acaso aún en los momentos en que una clemente conformidad empieza á germinar en él, subirá de su corazón el grito desesperado «¡tengo sed de ternura!» Es cruel esto, muy cruei; porque ni es un miserable, ni es un vicioso, ni es un ruín; porqueno ha perdido por culpa suya el derecho al amor. El es un feo; he aquí todo; es un horrible. No hay otra razón. Y esto es lo trágico. Porque un feo es, hasta cierto punto, un fracaso de la Naturaleza, algo que salió mal, poco servible para concurrir al sublime prodigio del amor... ¿Qué genio siniestro mezcló en estos seres esas ansias infinitas de amar y ser amados y esa fealdad repulsiva? Misterio. Parece que el supremo concierto de la creación precisa de estos desgraciados para hacer los dichosos. ¡Oh necesidad innegable del dolor!

Y hemos de conformarnos. Lo absurdo es desear que quienes, como tú, nacieron destinados á mejor suerte, vayan, por piedad, también á formar en el bando negro. Divino absurdo, sin embargo, éste, que crea héroes; pero no lo deseo para tí. No te alucine el heroísmo, mi querida prima; mira que nadie puede saber de antemano si es de la pasta de los héroes. Sé dura, pues. En estas ocasiones estamos obligados á serlo. ¿Sabes tú si mañana encontrarás en tu camino un hombre á quien amar con cariño entero y apasionado? Y si antes has cedido á la piedad, ¿qué harás entonces? Por

no haber sido fuerte hoy, serías entonces cruel é infame, probablemente. Le faltarias, le... ¡Ay, no sabes cuánta crueldad nace de un corazón enamorado en tales casos para con el dolor del ofendido! Por tu estado de soltera, por el respeto que debo á tu pudor, no puedo hablarte con la claridad que quisiera. Pero busca entre tus recuerdos. ¿No has visto algunos casos ya en la vida? Medítalos.

Pobre José. Yo siento mucho esto, mucho. Ofrecele amistad. Ya ganará él con esta; puesto que, según dice, ni los amigos le han querido. Tú estás admirablemente preparada para ser su buena amiga. Aunque, pensándolo bien, tomando en cuenta la blandura de tu corazón, veo el caso peligroso... tanto que no te lo aconsejo formalmente. Nó, nó; mejor no intimes con él: puedes, por piedad, caer en desgracia y matar en flor la dicha que mereces. El puede hallar una... no diré una fea... una modesta figura con un corazón semejante al suyo, y celebrar una dulce alianza, tal vez gozar de un hondo é intenso cariño con ella, por afinidad, etc... Pero tú, ¿tú? Nó; jamás: Tendrías hijos; y ¿te resignarías á tener hijos que corriesen la suerte del pobre José, hijos bambúes, para ser cantados por los más ó menos poetas de las casas de pensión? ¡Bah! Debes ser fuerte, dura; éste es mi consejo.

Y hasta mañana. Quedo en ascuas esperando el desenlace de esta historia que supuse divertida y que me inquieta hoy terriblemente.— *Eduardo*.

DE ISABEL

Septiembre 10.

Estoy desolada, Eduardo, desolada. ¡Qué criatura! ¿Sabes lo que ha hecho Luisita? Pues ha tomado á escondidas de mí tu carta y se la ha llevado á José. Dice que para vengarse. ¡Dios mío, Dios mío, lo que son los niños cuando se mezclan en las cosas de los grandes! Qué ha pasado, no lo sé; mejor dicho, no sé lo que va á pasar. La chiquilla llegó llorando á gritos. Dice que leer José la carta y darle una cachetada fué todo uno. Y no se sabe más. Los sirvientes, que acudieron á los chillidos de Luisita, le vieron salir como un loco. Cuentan que llevaba en las manos el retrato de su madre y que decía: «¡Nunca, nunca, nunca más!» Y salió repitiendo: «nunca, nunca, nunca», he-cho un verdadero loco, hasta desaparecer en la calle...

Y no ha vuelto. Es la una de la mañana y no ha vuelto.

.....
EDUARDO BARRIOS.



EL POEMA CLÁSICO

—¿Quién es?
—Vienen de la Imprenta del Sol á llevar un trabajo.

—Dile que mañana se lo mandaré.

Salió el mozo, y Oscar volvió á sus papeles, bajo la luz que arrojaba la pantalla roja eterna confidente de la quebradiza telaraña de sus ensueños, la sala era elegante, con una elegancia simétrica de amañamiento burgués. Todos los cuadros (de firmas anónimas) estaban á una misma distancia del friso color madera. Algunos bustos de mármol soñaban en la penumbra propicia á memoranzas y discreteos. En todo triunfaba la corrección sistemática de las cosas acomodadas. El canasto de los papeles vacíos, y el cenicero, limpio. En una esquina, un reloj antiguo de péndola perezosa, marcaba el galope devorante de las horas...

Oscar se puso de pie, y llamó con el timbre escondido tras un pesado cortinón rojo. Pronto llegó el mozo.

—Mañana temprano llevas á la imprenta un trabajo que te dejaré aquí en la mesa.

Salió el mocetón entornando la puerta. Oscar era un machón soltero, tejedor de amores fáciles y de versos desabridos, en donde campeaba la monotonía gris y cenicienta de lo clásico. Vivía con sus padres en aquel caserón aristocrático dormido en un extremo de la Alameda, y hermosado por un ramillete de recuerdos añejos de sus antepasados virtuosos. Adornaba sus días con visitas á las redacciones de los diarios, confeccionando artículos y enyuntando los versos de sus poemas gramaticales que de tarde en tarde aparecían en alguna revista ilustrada. Era un muchacho alto, moreno, fornido, por cuyos ojos despiertos y preguntones parecía no haber pasado nunca la polvareda de oro de las fantasías.

Sin esa continuada y sistemática producción literaria, su vida sólo estaría llena de bostezos, pues el amor solo de cuando en cuando le rozaba el corazón con aletazos nerviosos, hablándole de la música de unos versos que él no escribiría nunca...

El crujir de la puerta le anunció que alguien entraba.

—Ah! Éres tú...

—Trabajas?

—Sí... unos versos.

Era su prima Sara, magnífica mujer de veinticinco años, de ojos apasionados y de boca húmeda de gata. Provinciana de sangre había venido á pasar unas semanas en casa de sus tíos, para saborear la alegría mundana de los inviernos santiaguinos.

Sentóse frente á Oscar, llenando el ambiente de un perfume casi sensual. Era fuerte y gentil, sus senos duros y redondos tenían una audacia de proa. Sus ojos, que quedaron en la penumbra tejedora

de imposibles, flameaban. En la blusa traía prendido un ramillete de violetas. Oscar inquieto, expoleado por ese perfume femenino exitante, edificaba sus estrofas:

«En esa roca indómita y sombría

Se estrella rumorosa la marea...

En el silencio de encantamiento de la habitación se oían las respiraciones. El piesecito nervioso de Sara golpeaba la alfombra, como marcando el compás de la sonatina de sus quimeras...

Inconcientemente, en las tardes en el balcón y en las noches junto al piano, los ojos de los primos habían enredado la historieta sentimental de su amor naciente.

Amor? Amor ardiente, fuerte, verdadero; amor bruto y hermoso, amor de savia joven, nó; pero sí un calorillo mansurrón con sabor á escuela y adolescencia.

—¿Te molesto?

—Nó, ya ves como puedo escribir.

Sara se puso de pie para leer por sobre el hombro de él:

«En esa roca indómita y sombría

Se estrella rumorosa la marea...

Oscar sintió más cerca ese aliento de fuego, y en su mejilla el cosquilleo de un bucle de seda

«Y en la noche fantástica y humbría

Sólo brilla la llama de la idea».

—¡Qué bonitos!

—¿Te gustan?

—Vaya!

Volvió ella á su asiento, haciendo crujir la silla bajo el peso de su magnífica anca de yegua. El silencio volvió á cerrar la conversación como en un paréntesis.

Desde su rincón, el reloj antiguo de péndola perezosa, cantó una hora, como haciendo un prosaico llamado á la realidad. Volvió á triunfar la quietud de encanto. Del interior de la casa no llegaba un ruido. Parecía que la vida toda se había detenido, en una pavorosa inmovilidad de aguas estancadas.

Mientras Sara hojeaba algunas revistas dispersas sobre la mesa, Oscar la contemplaba. Su cabellera negra tenía un lustre diabólico; la nariz fina, la boca ¡oh, la boca! era un poco grande y sensual. Y era esa boca la cautivadora, porque tenía el supremo encanto del defecto amado. Lo sabía Oscar pero nunca se había detenido á descubrir su causa, su cerebro no se enredaba jamás en complicadas sicologías.

—Me voy. Estas trabajando muy despacio.

—Nó! Mira. Ya ves.

Volvió ella á leer por sobre el hombro de Oscar.

«En esa roca indómita y sombría

Se estrella rumorosa la marea,

Y en la noche fantástica y umbría

Sólo brilla la llama de la idea,

Que es en el fuego de la mente mía

Como el fulgor siniestro de una tea».

El perfume volvió enervante como el susurro voluptuoso de sus copos.

Ahora hubiese querido Oscar que Sara se fuera. Le parecía que toda la sala estaba incendiada por ese olor tibio de alcoba, que el monótono tic-tac del reloj alcanzaba á refrescar un poco...

Sentía pasar los minutos lentos, venenosos, pesados, como gotas de fuego.

No hablaban. No podían hablar. No tenían de qué hablar. La pomposa verbosidad de Oscar, que en los ardientes lances y polémicas de los ateneos, arrancó tempestades de palmadas, estaba dormida en una inercia inverosímil.

¡Si lo llegasen á saber sus compañeros de arte! Y se sintió ridículo y pequeño ante esas cuatro paredes que lo habían visto soñar.

El tic-tac del reloj pareció tomar un acento burlesco. Los versos florecían forzados y mecánicos.

«Bajo la blanca luz de las estrellas

Se oyen canciones lánguidas y bellas».

Sara, curiosa, se puso de pié para leer los versos últimos. Sus rostros quedaron cerca, sintiéndose la respiración breve que movía rítmicamente el seno de ella, meciendo el ramo de violetas.

Como un niño que al hacer un daño se precipita para terminar pronto, Oscar la abrazó por sobre la mesa bruscamente. Audaz, nervioso, loco, la besaba en los labios, en los ojos, en la nuca, con besos glotonos, breves, sonoros...

Al día siguiente cuando el mozo entró en busca del original, sobre la mesa sólo encontró una carilla inconclusa bajo un puñado de violetas rotas...

DANIEL DE LA VEGA.

ARENGA LÍRICA

ANTE UNA ASAMBLEA DE ESTUDIANTES

I

Salud, brillante pléyade, salud! Desde el obscuro terrón á que me adhiero como la hiedra al muro, yo amo al sol y suspiro por la racha de viento... Hoja de hierba, admiro la luz, el movimiento, la vibración, el ruido, como que son la vida que fluye y que refluye con amplia sacudida: la vida, que en tus ojos, juventud, centellea; que es en tus venas sangre, y en tu cerebro idea; risa en tus labios; ímpetu en tus miembros, y en-
[sueño]
en tu alma que ve al mundo, para su fe, pequeño!

Salud, brillante pléyade en cuya ardiente vista hay una chispa que habla de fuerza y de conquista!
[ta!]

Salud por tus afanes! Salud por los asombros en medio de los cuales sostienes en los hombros los ideales patrios! Salud por tus arrestos de lucha; por el brío que en tus gallardos gestos palpita; por el ansia con que rompes el paso, indiferente al triunfo lo mismo que al fracaso!

II

Oh, juventud, gloriosa vanguardia de la raza que envuelta entre los pliegues del tricolor se abraza!
[za!]

Joven también, me tienta la noble bazaría de tu alma, y eso basta para que seas mía. ¿Qué extraño que una el fuego de mi alma á tu entusiasmo?

¿Qué extraño que te cante? Fuera brutal sarcasmo callar, sellar el labio, dócil al egoísmo, y estar con los ojos clavados en sí mismo... ¡Nó, nó! Prefiero al ocio de ensueños extrahumanos al generoso aliento de un apretón de manos, y el hurra de los pechos frenéticos, al vuelo del éxtasis estéril que va buscando el cielo.



Átomo de un gran siglo, mi espíritu sonoro
devuelve todo ruido... Yo canto á un tiempo el oro
y el hierro que lo bruñe; la lumbre y la humareda;
la perla como el cuarzo; la pez como la seda.
Yo canto al sol que deja su irradiación en cuanto
bajo la inmensa cúpula gravita ó vuela; y canto
al mar, que hace las nubes; y á las nubes; y al

[viento

fecundador; y al río, que parece un tormento
hecho caudal y música; y á la selva; y al lodo
donde bosteza el agrio reptil... Lo canto todo:
lo mismo el soplo lleno de amor, de las montañas
que el vértigo que viene violando las entrañas
de las modernas urbes, —el vértigo homicida
que sólo entre cadáveres hace saltar la vida!

Poeta de la raza, canto también tu empuje
¡oh, juventud! Mis versos, en los que el odio ruge,
y la tristeza llora y hasta suspira el ruego,
quisieran ser de bronce, quisieran ser de fuego,
para que así escucharas el poderoso alerta
con que te van mostrando, soberbiamente abierta,
la senda que, á lo largo del tiempo y de la historia,
debieras hollar siempre para tu propia gloria.

¡Porque eres tú la fuerza, porque eres tú el

[aliento

de la raza; y tú cantas en el viril acento
de mis arengas, y algo de tus ensueños vibra
en todos mis ensueños, y lates en la fibra
que hace estallar mis versos y arroja en mis poe-
mas

nubadas de suspiros y truenos de anatemas!

Te siento mía. Tengo de tí la fe del alma
que arrostra los peligros y los tormentos calma;
los nervios hechos rayos; la sangre hecha torrente,
la mente soñadora y el corazón ardiente.
¡Arriba, generoso puñado de esperanzas!
Por algo la República se agita cuando avanzas.
Tú sola eres quien puede gritar: ¡La patria es una!
Arriba! Son tus armas el libro y la tribuna!

No temas. No vaciles. Recorre con los ojos
el horizonte inmenso. No adviertas los abrojos
ni las espinas. ¡Anda! Se te ofrece la vida
para que la fecundes. Sé siempre el alma fuerte
que no conoce el miedo ni piensa en la caída...
¡Tu fe está por encima del vicio y de la muerte!

III

¡La muerte! Silenciosa como la sombra, fiera
como el dolor, nos sigue, fantástica viajera,
y van tras ella, — turba de adustos segadores, —
los lívidos estragos, los pálidos terrores.

Sombría saltadora de caminos, es ciega
y cruel como la misma fatalidad. Navega
en la fluidez del aire. La propia luz del cielo,

tan cara á nuestros ojos, alúmbrala en su vuelo
sin fin: es un ejército fugaz pero fecundo
de invisibles mineros, que á nosotros se aferra,
el que á la voz de ¡muerte! que hace temblar el
[mundo
va hollando la decrepita calvicie de la tierra...

Y bien: nada es la muerte para el que hace la

[vida

abriendo surcos donde sembrar, en sostenida
labor, sueños ó ideas. Tal muerte es sólo un paso
de triunfo hacia la gloria: la sombra de un ocaso
á cuyo tacto el cielo se ha de vestir de fiesta:
el turbión que bautiza los páramos hirsutos:
ó la inclemente ráfaga que azota la floresta
para que el pólen vaya desparramando frutos...

La muerte es del anónimo sin fe, que hoza y es-

[carba

la tierra ya fructífera como una hambrienta larva;
la muerte es del que, presa del ocio ó la fatiga,
no envidia el vuelo al cóndor ni el tesón á la hor-
[miga;

del que mira la vida como al través de un sueño;
del que, á favor de hediondas supersticiones, medra;
del que en el lago es fango, parásito en el leño,
en las alturas humo y en los abismos piedra...

El hombre que prodiga su actividad, el brío
de su carácter, todo: su corazón bravío
y su cerebro ardiente; que se alienta, que se libra
como un campeón al medio de la palestra, y vibra,
y sufre, y ama, y odia, y entre ímpetus soberbios
siente pasar la vida por el haz de sus nervios;
el hombre que, venciendo bestiales apetitos,
hace flamear al viento y al sol sus inauditos
anhelos, como enseñas de gloria, y que conquista
más amplios horizontes á su insaciable vista;
el hombre que, braceando de frente en el proceso
de las razas, se pone del lado del progreso:
el hombre á quien lo incierto del porvenir tortura
y á la infecunda calma la agitación prefiere;
el hombre que es el ángel proscrito de la altura,
podrá, llegado el día, caer... pero no muere!...

IV

Salud, brillante pléyade, salud! La patria espera
que seas tú quien alce y agite su bandera.
De tí se espera todo, juventud! Es ya hora
de que el espacio surquen relámpagos de aurora
y que con amplio gesto de sembrador, tu mano
arroje á todo viento la plenitud del grano!
Cuando cerrarte quieran el paso, el ocio inerte,
la envidia subterránea, la sordida mentira,
arróllalos! y, dueña del porvenir, advierte
que desde el alto polo la Cruz del Sur nos mira...

WHIP.





Pierrot



Pierrot — á quien todos conocemos de oídas y alguna vez vimos contorsiones sobre los escenarios — no nació como hubiera sido lógico de la famosa *Comedia dell' Arte*, en la cual se plasmaron Arlequín, Pantalón, Mezzetino, etc. Su origen caótico parece insinuarse en los comienzos del

teatro francés. Molière lo presenta — el primero — en su *Jalouisie de Barbouillé* y es posible que la haya tomado de algunas de las tantas encarnaciones italianas de las máscaras del *Carnaval ó del teatro*. Pero esto es aventurado; por lo menos no se tienen noticias exactas de su origen ni de cómo apareció en París. Todos sus historiadores callan á este respecto y el propio Catulle Mendes que de él se sirviera para varias de sus comedias funambulescas, no arroja ninguna luz sobre su genealogía y al historiarlo, lo presenta con anterioridad á la llegada á Francia, por el año 1570, de los *Comici Gelosi*, comediantes del Arte.

Con su aspecto eternamente melancólico, su rostro enharinado de molinero y su saco al hombro, Pierrot, llega en un atardecer cualquiera á París y se entrega á los más bajos menesteres de la vida. Es burdo entonces, es tosco y vulgar. Para él no hay encanto ni suavidades; todo es asperezas y miserias. La vida lo golpea con brutalidad sorda y despiadada, con ensañamiento cruel y odioso. Empero, bajo su máscara impenetrable de hombre paciencioso se robustece y vigoriza la burla. Calla siempre, pero calla por cálculo. Ya su sonrisa dolorosa al florecer en sus labios diríase que lleva picante sabor de ironía. Su blanca característica parece proyectar sobre su faz de poeta enfermo, como una sombra velada y misteriosa que se esfuma en su perfil todavía rudo y vulgar. Sus manos callosas se crispan bajo la blusa flotante. Aún no es el Pierrot que cantará lánguidas serenatas de amor bajo el balcón de Colombina á quien por otra parte, Arlequín ó Mezzetino se complacen en enamorar... El Pierrot clásico va á nacer, robustecido por el arte de los mimos admirables: Debureau, Le-grand, Rouffe.

Llegado de Italia — porque indudablemente su origen apesar de que se le hurga en los balbuceos del teatro francés, se plasmó quizás en las farsas del Carnaval — París lo sutiliza y lo refina. El alma

francesa, todo armonía y gracia, diluye al apropiárselo, en su espíritu de «parvenu», algo como una solución de suprema inquietud, bella y soñadora. Su tipo que va á encarnar al «hombre», se complica y se retuérse. El ingenio de múltiples autores, desde Molière á Mendes, esbozan sobre su tosca personalidad, perfiles y líneas armoniosas. Al reformarlo le proporcionan gracia, melancolía, discreto matiz de elegancia. Sobre su espíritu sahumado de ensueño, la ironía tamiza un polvo brumoso y cegador. Así su risa loca, ruidosa, chisporroteante, es la risa cruel del enamorado sin ventura que trueca en carcajadas agrias y corrosivas, sus sollozos espasmódicos...

En claras noches de estío, esmeriladas de suavidad lunar, su máscara de «clown» malaventurado se insinúa bajo el reposo de los árboles como una visión espectral. La pérfida Colombina cuya alma es semejante al ópalo, escucha el discreto frívolo de Arlequín astuto que la baña en emociones extrañas, caprichosas cual su propio traje serpentino... Pierrot atisba, inquiere, hurgonea la sombra y sufre... No sabe él qué murmullo sospechoso ha sonado en su oído; música de alma, de viento, de besos... no sabe él de qué... pero su ojos se abren extraños, sus manos se crispan, se aferran, se aflojan...

Es siempre la encarnación del sér sin fortuna.

Sucesivamente es poeta, filósofo, asesino, ladrón, mercader. Pierrot es el hombre...; todo el hombre!... Como un iris cambiante, su máscara se torna lánguida, grave, siniestra, astuta ó burlona. Pero su alma y su fortuna son siempre iguales: melancolía y mala ventura. Todo amante puede encontrar en él un hermano; todo poeta un símbolo.

Su pobreza fué siempre la misma. Al cruzar los polvorientos caminos, en los comienzos de su vida, como un peregrino que va á tierras de ensueño, en sus bolsillos más se palpaban canciones que monedas... más días sintió las tortuosas del hambre que las dulces satisfacciones del hartazgo. Por eso en sus canciones un fondo excéptico acompaña siempre como un «trémolo», las serenatas que á Colombina le llora en noches de luna... Su cantar es un lamento largo y sollozante, tierno y dolorido. Y cuando alguna vez mata por amor, su arrebatamiento pare-



ce burlarse de sí mismo. Su único consuelo es la luna. Así lo han eternizado las crónicas y lo han lapidado los poetas:

«Muertos de mala fortuna
dan un salto
y se duermen en la luna...»

Al cruzar los tablados con su chaqueta flotante, con su amplio calzón, con su aspecto todo de poeta roído por el tedio y los infortunios, se diría que es un alma, hecha de muchas almas dolorosas. Todas las torturas dejaron en él un estigma; todos los desencantos un gesto; todas las miserias una cicatriz... Su tipo multiforme y curioso ha llenado el teatro. El pincel, sentido y espiritual de Wilette ha eternizado en actitudes infinitas el alma pierrotesca. Los poetas de todos los pueblos han cantado sus pesares... El buril ha modelado en el mármol, los pliegues de su alba chaqueta y el amargo rictus de su boca crispada. Y así de aquel burdo molinero, nacido no se sabe donde, y que en un atardecer cualquiera llegó a París para ejercer los más bajos y ruines menesteres de la vida, surgió más tarde un tipo espiritual, melancólico, gracioso, lleno de curiosa originalidad, en el cual cada ingenio puso una nota sentida: una lágrima, una ironía, un gesto de odio, de piedad, de martirio.

Su alma se adapta así a las proteiformes sensaciones de la vida. Ya no es el Pierrot primitivo, famélico y tosco. Encarnado ahora por el arte de los mimos Legrand y Rouffe, se transforma, basta asu-

mir actitudes de inesperada elegancia. Resume en sí mismo la vida de los hombres y copia en su carátula cambiante, como en un espejo, las complejas torturas del espíritu. Cruza los escenarios y contorsiona su cuerpo en piruetas de una elegancia infinita; crispa su rostro en muecas desesperadas o irónicas brutales o lánguidas, y bajo el balcón de Colombine, punteando las cuerdas de su guitarra, al amor de la luna, llora en cantares de una doliente tristeza, sus ansias y amarguras...

Pero indudablemente, la encarnación más robusta y más original es la del mismo Debureau «Napoleón de la Pantomima» según la expresión de Teodoro de Banville.

Los historiadores hablan con entusiasmo de este Pierrot clásico que infundió al tipo todas las supremas desolaciones de su alma amargada y desgarrada a través de la vida. ¡Vida de miserias y aventuras! Su arte dió vida a un Pierrot único, delicioso, destinado a fijarse en la evolución del tiempo, como el único tipo de Pierrot. Lo accidentado de su carrera de «mimo», su comercio con los hombres y las diarias penalidades porque tuvo que atravesar, nutrieron de dolor y de ironía su espíritu, y al encarnar ese Pierrot, puso en él su propia vida y la de sus contemporáneos. Por eso Faul Gnisty dice que los espectadores creían reconocer su propia alma, en el alma de Debureau...

DOMINGO MELFI D.

Santiago, — 1912.

CANTABA EL PIDÉN...

Un ramo de albahacas llevaba a mi niña,
mi encanto, mi bien;
la tarde caía, balaba el ganado,
cantaba el pidén.
Allá, junto al rancho, la ropa tendida
cimbraba el cordel,
y los maceteros de su ventanita,
moviendo sus flores, decíanme: ¡ven!
Crucé por la huerta cantando un requiebro,
llegué hasta el dintel:
no estaba, como antes, abierto el postigo,
ni oí de sus labios el dulce: ¿quién es?
Golpié, respondieron, abrióse la puerta,
y un pálido rostro angustiado miré:
su madre me echaba los brazos al cuello,
y oí que decía llorando: ¡se fué!
con otro...!

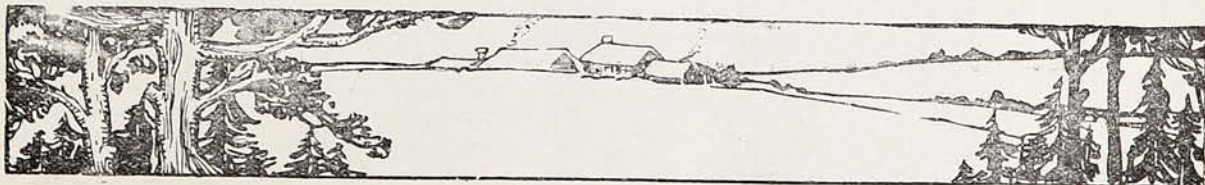
—¿Con otro?

—Ya sabes, con él...

Sentí que se me iba la vida del cuerpo,
Sentí que la tierra faltaba a mis pies
y huí de la casa, llevando en el pecho
clavado un cuchillo sangriento y cruel.

Allá, junto al rancho, la ropa tendida
cimbrando el cordel,
y los maceteros de su ventanita,
moviendo sus flores, no decían: ven!;
porque en la tristeza del atardecer
todas esas cosas decían: ¡se fué!
Decía la tarde, balaba el ganado,
cantaba el pidén...

CARLOS ACUÑA NÚÑEZ.





LUNA DE LA PATRIA...

L'amaus de la Patrie est le premier amous...

PAUL VÉRLAINE.

*Luna de la Patria, luna
Única, lánguida, grata
Cuya luz vendida es una
Polvareda azul de plata.*

Luna en cuya faz de armiño
Veía mi madre angélica
A la Virgen con el Niño,
Sobre la luna evangélica.

Luna que, cual sol magnífico,
Más puro tu rayo expandes
Que la espuma del Pacífico,
Que la nieve de los Andes.

Por fin vuelvo á contemplar
Tu fósforico safir,
Por fin te vuelvo á llorar,
Por fin te vuelvo á reír!

Muchos años, muchos años
Vagué por extraños climas,
Bajos horizontes extraños,
Escalando extrañas cimas.

Soy el mismo sin embargo,
Todo ilusión y erotismo;
Soy el mismo niño amago,
Soy el mismo, soy el mismo.

El mismo que diera todo
El oro por una rosa,
El mismo niño beodo
Trás una azul mariposa.

El polvo de cien países,
De cien soles el destello
No han dejado tonos grises
En mi alma ni en mi cabello.

*Luna de la Patria, luna
Única, lánguida, grata,
Cuya luz vendida es una
Polvareda azul de plata.*

Un día te dije adiós,
Abrazé á mi madre y
Hacia otros mundos, en pos
De loco ensueño, partí.

No volví á ver tus fecundos
Rayos de argénteo tisú:
La luna de aquellos mundos
No eres tú, no, no eres tú!

Surqué mares, crucé tierras,
Fui del Oriente á Tulé;
Escalé gigantes sierras,
Vibré, padecí, luché ...

Y hubo generosas palmas,
Que aprendieron mi locura,
Y hubo almas, nobles almas,
Que endulzaron mi amargura.

Y hubo corazones tiernos.
Bajo el lino ó bajo el raso,
Que á mis ardores eternos
Dieron todo: aroma y vaso!

¡Oh!, la dulce niña pía,
(Vivió en amorosa crisis)
Que el Azar me ofreció un día
Y otro me que quitó la Tisis!

¡Oh!, la tierna niña amante
De cabello y de alma de oro,
Que arrulló mi ensueño errante
Con su risa y con su lloro!...

*Luna de la Patria, luna
Única, lánguida, grata,
Cuya luz bendita es una
Polvareda azul de plata.*

La nostalgia abrazadora
Vino mi ensueño á turbar,
Y un buen día volví prosa
A mi patria y mi solar.

Quería verla serrana
Campiña que fue mi cuna,
Besar á mi madre anciana
Y contemplarte á tí, ¡oh Luna!

La ausencia, la lejanía
Me encendían de amor patrio:
Mi sér todo entero ardía
Como incensario en el atrio.

Daré á la Patria, pensaba,
El fruto de mi afán loco.

Y sólo me acongojaba
Darla tan poco, tan poso

¡Ay! Mis anhelos ufanos
En llegando se abatieron!
Me negaron los hermanos.
Los mastines me mordieron!

Tan sólo tú, más humana
Que los hombres, Luna triste,
Con piedad de única hermosura,
En tus brazos me acogiste.

Y á tu halagüeño cariño,
Volvió á mi alma la ternura:
Sentí mi candor de niño
Y sollozé de dulzura! ..

*Luna de la Patria, luna
Única, lánguida, grata,
Cuya luz bendita es una
Polvareda azul de plata.*

No me amarga el Mal contrario,
En mí no medra el rencor:
Mi pecho es un incensario,
Que arde perfuma el amor!

La hostilidad, el sarcasmo
Con su exhalación de abismo
Podrán secar mi entusiasmo
Pero jamás mi civismo!

Amo á la Patria que, adversa,
Me desconoce ó me olvida:
Para ella será mi fuerza,
Por ella daré la vida.

Amo la tierra horca y rancia
De breñales y de espinos:
En ella mi clara infancia
Soñó sus sueños divinos.

Amo la montaña eterna,
Que hacia los cielos se exalta:
A su sombra mi alma tierna
Aprendió á ser firme y alta.

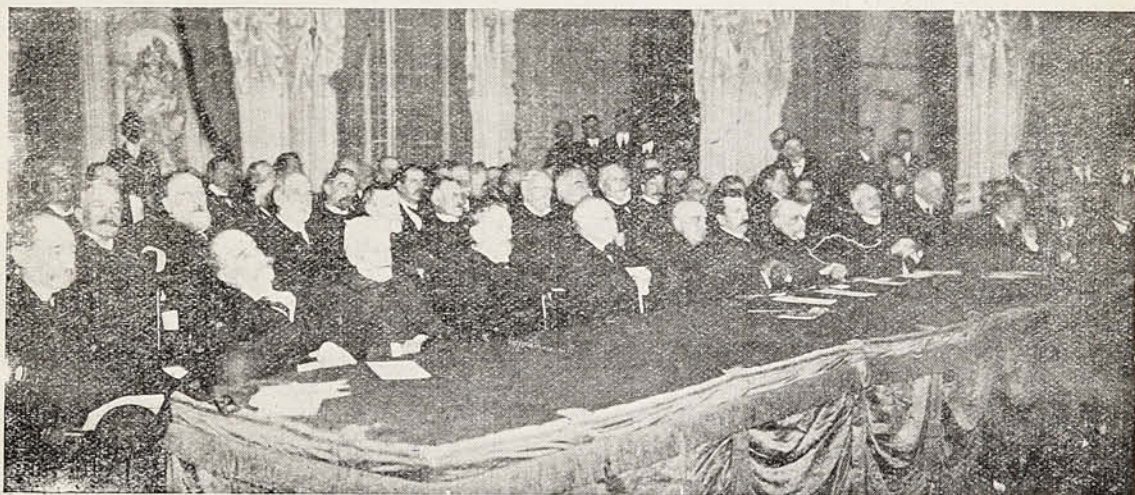
Amo el cielo de fulgencia
No vista sobre las cimas:
En su azul mi adolescencia
Tiñó mis primeras rimas.

Y te amo á tí, Luna angélica,
A quien la flor da su incienso;
A ti Magdalena célica,
Que ungiste mi duelo inmenso!

*Luna de la Patria, luna
Única, lánguida, grata,
Cuya luz bendita es una
Polvareda azul de plata.*

FRANCISCO CONTRERAS

LA LIGA DE ACCION CIVICA



LA MESA DIRECTIVA



ASPECTO DE LA SALA DURANTE LA SESIÓN EN EL TEATRO MUNICIPAL,

DEL "DIARIO" DE UN VAGABUNDO

A bordo del *Radames*, mañana de marzo.

Por fin estoy ante este mar tan cantado por los poetas. Subo con firmeza la escalerilla del buque, y me detengo, afirmado en las barandas, para contemplar estático el grandioso panorama. Hay algo de enorme, de inabarcable que casi me espanta en esta inmensidad de agua que parece tragarse la tierra en cada lengüetazo de sus oleajes, que se arrastran, traicioneros y tenaces, socabando las abruptas rocas. El puerto no es más que una pequeña franja gris poblada de torrecillas, de colinas, de montones de casas minúsculas alternadas aquí y allá por las ramas trémulas de los árboles, que á la distancia semejan pájaros inclinados hacia el mar, al acecho de una presa.

Pasado el primer estupor, me sereno. Apelo al lente, y aún veo á los lados del muelle los botecillos que juegan en los suaves remansos. Los boteeros con sus camisetas de vivos colores, duermen ó reman, indiferentes, en medio de una confianza que me parece peligrosa. ¡Cuidado! ¡Pobres de vosotros si el monstruo sobre cuyos aterciopelados lomos estáis dormidos, da un respingo ó un colazo! La «taza de leche» —que dice la gente de mar— hervirá, desbordando espumarajos que nadie podrá lograr atajar! Allá, hacia el norte, el muelle de la Aduana parece una pequeña mancha de un plomizo sucio. Y al lado opuesto, el dique lo veo tan grande como una nuez. Varias embarcaciones pasan, algunas remolcadoras crepitantes que se me imaginan cigarros puros echando al aire su penacho de humo gris. El día, el cielo, el mar, son de suave color azul. Y hasta los veleros parecen teñirse de azul. A ratos, sobre mi cabeza, pasan bandadas de gaviotas, en giros rítmicos, como en una danza aérea. En filas de á dos, forman curvaciones perfectas, líneas paralelas, ya en alto, como si besaran las nubes, ya en bajo, hasta rozar sensualmente, la cresta de una ola. Luego se desparrraman. Forman bandos, reparticiones, pequeños grupos diseminados por los varios buques surtos en la rada.

—¡Ah! suspiro. Y una violenta ola estréllase en el buque, rociándome con algunas gotas de agua. ¿Es un saludo de este mar que pronto será mi dueño y señor? Así lo creo. El mar está amable y se me presenta como un viejo padre protector. De pronto me sobrecoge un pensamiento rápido y silbante. ¿Y si naufrago? ¿Y si en mitad de la travesía desencadenase una tormenta, y adiós entonces todo, fortuna, amores, gloria...? Miro á mi torno, asustado, y veo las figuras frías, pétreas y estoicas de algunos de mis probables compañeros de viaje, que también, con sus gemelos, contemplan el panorama. Esto me alivia. ¡Dichosa confianza, dichosa fe en la suerte de estas almas que se me imaginan demasiado simples, al través de sus miradas glaciales, sin el menor asomo de inquietud!

Recorro el buque. Es el *Radames*. Blanco, muy limpio, exageradamente limpio, pues los sulfatos y desinfectantes prodigan su olor insoportable. Esto me carga. Todo sabe á hospital, á botica. Hasta

mi jockey y mi blusa de vagabundo hánse impregnado de estos malditos olores.

Recorro los compartimentos, los rincones, los menores resquicios del buque. Mucho orden, limpieza, método. El espíritu germano está aquí representado como en el interior de una habitación berlinesa. El capitán, un rubio corpulento de airados bigotes, pasa cada rato á mi lado, tieso, ligero, solemne, mirando á los viajeros como mirara un águila á un familión de hormigas. Y todos así. El piloto, el contraamaestre, el camarotero. Este orgullo germano tiene mucho de ridículo por lo aparatoso que es. Y hay que convenir que, en mi caso, debe reprimirse la risotada que fluye alegre y cosquilleante ante la teatral arrogancia de estos hombres corpulentos y toscos que visten librea como los lacayos de nuestras Casas de Modas.

Córrese la escalerilla de atraque, y el marinero que impertérrito guardaba la entrada, solemne con su uniforme azul á vivos rojos, desaparece.

Un lento movimiento, tan suave que parece imperceptible, da la señal de partida. Una brisa ondulenta imprimeme en la cara, caricia de seda. Están repletas las barandas. Muchos semblantes sonríen, tristes los unos, alegres los otros. Muchas manos febriles saludan, batiendo al aire los pañuelos blancos. Parecen palomas aleteando, mientras de los botes cercanos, de los cerros distantes, otros pañuelos blancos, otras palomas envían un postrer mensaje.

Acaso sea ésta la más honda... la más honda tristeza de mi vida. Yo solamente no saco el pañuelo, y á mí solamente nadie despide, ni aletean en mi honor, allá en los cerros grises, las palomas mensajeras. ¿Qué labios misericordiosos diríanme un feliz augurio? ¿Qué alma amiga sentiría el escalofrío de lo imprevisible, cuando el viajero se internara en el pavoroso abismo...? ¡Ah, sí! Saco el pañuelo para enjugarme los ojos. ¡Adiós, pues, todo! ¡Almas indiferentes, almas que pasásteis robzándose dolorosamente el corazón, adiós os digo!

Desde otro buque cercano al *Radames* se nos saluda. Arriba, en las jarcías, en los palos, en las cubiertas pletóricas de gente se bate la gorra al aire por el buque en marcha. Una orquesta de músicos ambulantes, alemanes también, que va de viaje, toca la Marcha Imperial, y toda la marinería lanza un estruendoso ¡hurrah!

Poco á poco nos vamos alejando. Ya la tierra véese como una nube lejana, como el humillo tenue de un cigarro.

La tarde declina. Luz opalescente baña la lejanía, en tanto en torno del buque déjase caer como una suave neblina. El oro del sol se diluye en la niebla parda del horizonte.

* * *

Alturas de Coquimbo.

¡Mar adentro!

Me paseo. En medio de esa farándula heterogé-

nea, de c'érigos, comerciantes, tristas, golfos y mujeres de mala vida, siéntome sólo, inmensamente solo. Escudriño los ojos que encuentro al paso, en busca de un alma amiga en quien confiar. Pero el alma no asoma. Todo el mundo pasa agitado, indiferente, rozándome los brazos. Pero todos preocupados de sí mismos, buscando ávidamente con los ojos el amable rincón del buque en donde tender su silla de loneta. Yo miro horrorizado el egoísmo humano en todos estos ojos fijos y fríos, inexcrutables más allá de sus pestañas airadas y sombrías. No veo pupilas vacilantes ni angustiosas. De todas parece fluir una resolución recóndita y feroz.

Me interno aún más. Familias inglesas, alemanas, elegantes misses y tías ladies bordan ó leen, recostadas muellemente en los sofás de lona, como si estuviesen en plena City. Una chiquilla juega con un pequeño terranova lanudo y arisco. En un extremo del buque, mirando impávido el mar, está un jesuita. Es alto, delgado, y su sotana caída en elegantes pliegues, dále un aire noble y mundano de cardenal florentino. Vuelve la cara y me mira. Deja su sitio y va á mi encuentro. Me habla en inglés. No le comprendo. Por medio de señas dícele que va á Calcutta. A mi vez le hago ver la inquietud de mi primer viaje. Me mira bondadoso y sonriendo saca de su portamonedas una medalla y me la ofrece.

— ¡Gracias!—Será mi talismán. Con infinita devoción la guardo en mi cartera. La verdad es que ante el mar el espíritu se sobrecoge y piensa en la necesidad de un consuelo y una fe que le aliente y le de esperanzas. Por esto talvez la gente de mar es tan creyente y supersticiosa.

Mi acción devota hace que el jesuita doble el obsequio con una estampa de la Virgen del Socorro, patrona de los navegantes. Quiero repetirle mis gracias, cuando de súbito vuelvo la cara, atraído por el ardiente tufillo femenino, cargado de polvos de arroz y de perfumería barata. Son dos mujeres que, del brazo, pasan ante nosotros, por la cubierta del buque. Son jóvenes. Una de ellas viste de verde, de un verde charro y cargante. Pero, ¡diablos! Adios pensamientos de fe, adios tu medalla de acero, mi bueno y noble amigo jesuita! Cimbran las pícaras las cadenas opulentas, y ya, de frente, muestran una blanca garganta llena y pastosa, y un par de tentadores hoyuelos en las mejillas hechas de flores.

Ríen. Muestran una despreocupación, un desecho admirables, lo que hace bajar beatíficamente los párpados á mi amigo el jesuita, el que, para evitar el sonrojo que fluye súbitamente á su rostro, hace como que lee su breviario. Me dice adiós con un gesto que procura hacer solemne, pero que le falla á impulsos de su turbación, y se marcha ligero, asustado, como si hubiera visto la cola de la legendaria serpiente que tentó á nuestra madre prehistórica.

En tanto, yo miro la mujer de verde. Es churrigueresco, es abominable el color del traje; pero... ¡qué formas, padrecito San Antonio!

Pasan. Charlan en alta voz. La de verde hace señas á alguien que no veo, como una gata cálida y arrulladora. Son perfectas actrices, por cierto sin academia, ni diplomas de conservatorio. Artistas de Comedia Humana, que diría papá Balzac. Sonríen. Es al capitán. Tiémblanle los bigotazos al

germano. Es el señor de á bordo, el «bey» de aquel harem acuático. Sólo que no hay tcharchaf, ni musulmanes de pálido pez, ni... eunucos de levita. Pero en cambio el buque blanco semeja un retazo cosmopolita de Stambul. ¡Dichoso capitán! Ya irán ellas haciéndole muecas felinas al retrato del Emperador de bigotazos erizados como púas, que se ostenta en la testera del camarote capitanesco!

* * *

Alta mar. 12 de la noche.

El buque da tumbos. Como un enorme cetáceo alza la cabeza para hundirla luego en el agua brava. En el comedor, en el vestíbulo, roncan los pasajeros que no tuvieron la suerte de encontrar camarote. Arrellenado en un sillón, tan amplio y confortable como un lecho, yo miro los gestos ya cínicos ó despectivos, ya indiferentes ó llenos de beatitud de los que duermen. Allá, no muy lejos, un ojo brilla. Es el de un vejete forrado en su formidable sobretodo de astrakán, un comerciante viajero que ha echado su maletín lleno de joyas entre el pantalón y la camisa, en tanto su diestra está lista á cualquier alarma, pues empuña el gatillo de un revólver.

Más allá un grupo heterógeno juega al bacarat. Los cuerpos inclinados casi desaparecen en los abrigos. Sólo los ojos brillan siniestramente. Un muchacho, casi un niño, juega sonriendo. La luz de las arañas da á su rostro fino una tonalidad de marfil en medio del grupo sombrío. Es una mujer que va á Monte-Carlo disfrazada de hombre.

De pronto se oye un grito: ¡el faro! Sale la gente á cubierta, algunos en ropas menores, abrigados con el descuido de las salivas precipitadas. En medio de la noche tenebrosa, sobre el agua que no tiene fin, el buque pasa como un fantasma. Y los pasajeros, arrebuados, saliendo misteriosamente de los camarotes, tienen también el misterio de extraños brujos llamados á un avelar.

Y el faro, un punto luminoso perdido en la inmensidad, es como un símbolo, es como un ojo del destino que pasara revista á aquel extraño conjuro.

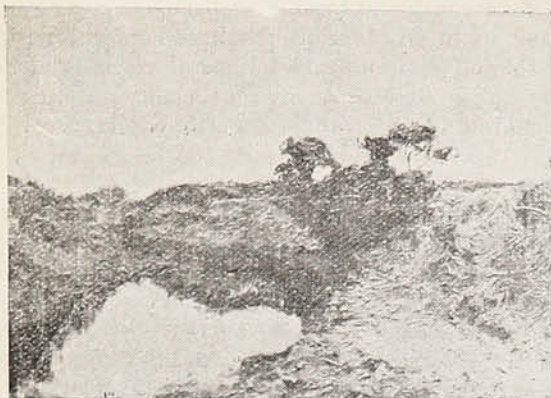
Pasan las sombras. La noche es fría. Sopla un viento á cuchilladas. En esa hora el mar se me presenta trágico y vengador. Estréllanse los oleajes en los costados del buque y el agua salta con estrépito. Los alcatrazes rondan y su graznido tiene mucho de fatídico.

Poco á poco las sombras se despejan. Una tenue claridad riela en el agua.

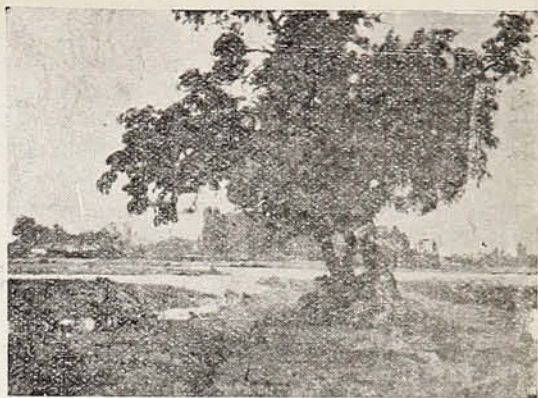
Un marino pasa á mi lado. Es casi un niño. A la suave luz veo su rostro fino como el de una mujer. Corre, extiende las mangueras para el lavado del buque, con movimientos ágiles y elegantes. Y yo me maravillo cómo ese muchacho, tan delicado como una dama, puede correr así, tomar con sus blancas manos aristocráticas las ásperas tripas, alzarlas, y en seguida regar los menores rincones del vapor, como lo hiciera la camarera más diligente. Y por un momento pienso en esas vidas que engendran príncipes incógnitos, en una noche de amor, allá en los bulevares en que la carne proletaria se cotiza á la par que una copa de absintio ó un ramo de violetas de Siria.

Alguien grita: ¡tierra! Nos restregamos los ojos y miramos...

LUIS ROBERTO BOZA.



PAISAJE



LA ENCINA

MIS RECUERDOS

Los recuerdos de aquella tierna historia
son palomas de pluma inmaculada
que en la noche callada
se vienen a posar en mi memoria.
¡Y al fulgor dormilón de las estrellas
yo converso con ellas!

¡Oh, mis palomas blancas como el día!
Yo las dejo traviesas
jugar entre las lóbregas tristezas
de mi vida sombría...
las dejo, porque traen bulliciosas
perfumes de otras risas i otras rosas.

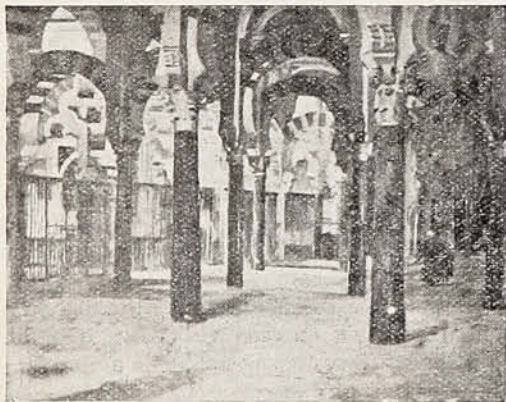
Cantan todas, — yo soy — me dice una —
aquella dicha loca
en que robaste un beso de su boca
á la luz de la luna...
Pero ahora es distinto... Antes reías,
y ahora ¿dónde están tus alegrías?

Yo soy — me dice otra — aquella hora
en que después de un loco juramento
se oprimieron las manos un momento
junto á la mar azul y arrulladora...;
ella después rió... tu sonreíste...
pero no como ahora. Hoy te hallo triste.

Y hablan todas. — Yo soy la hora del baño.
— Yo una noche de fiesta.
— Yo soy el carnaval. — Yo la protesta
de lo que tú pensaste que era engaño.
— Yo estuve en el concierto. — Yo en la misa
donde ella se enojó por tu sonrisa.

¡Todas hablan así, mis tiernas aves!
Pero hay una callada
que está, como llorando, arrebuja
en el plumaje de sus alas suaves.
— Y tú ¿quién eres pues ave querida?
Y me responde triste: — ¡La partida!

LULIO DE SABÁ.



RINCÓN DE MEZQUITA



JUNTA AL REMANSO

EL CONCURSO LITERARIO

ESCRITORES PREMIADOS

TEMA: NOVELA

Primer Premio

Don Gonzalo Búlness

Segundo Premio



Don Víctor Domingo Silva



Presidente del Consejo
de Bellas Letras



Don Nathanael Yáñez Silva

TEMA: CUENTOS

Primer Premio

Segundo Premio

Tercer Premio



Don Mariano Latorre C.



Don Martín Escobar



Don Horacio Henríquez

TEMA: POESÍA

Primer Premio

Segundo Premio



Don Antonio Bórquez Solar



Don Abel González

TEMA: TEATRO

Primer Premio

Primer Premio

Segundo Premio

Segundo Premio



Don Manuel Magallanes M.



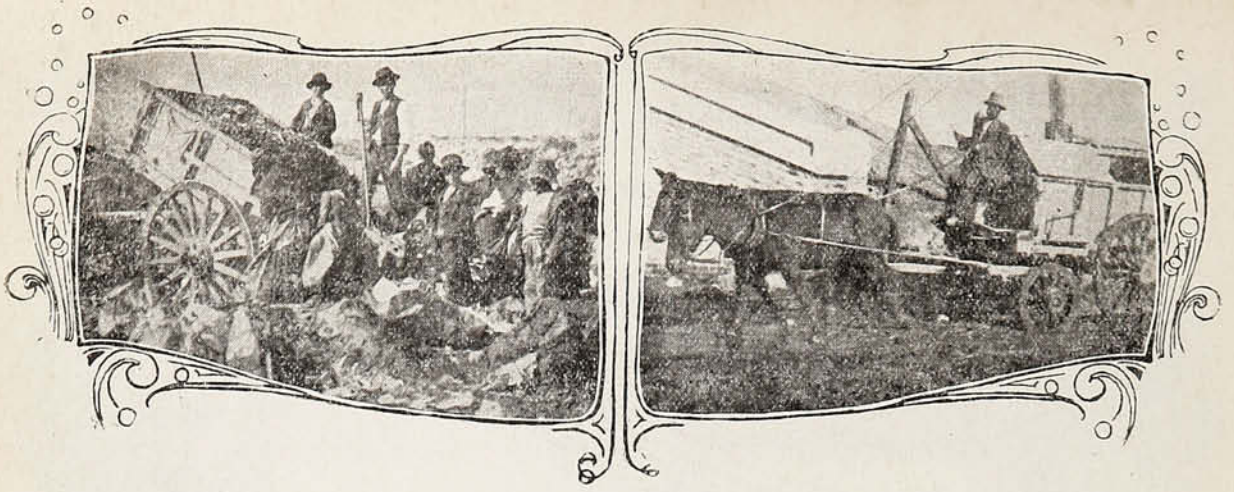
Don Francisco Hederra Concha



Don Carlos Silva Cruz



Don Luis Leiva Chadwick



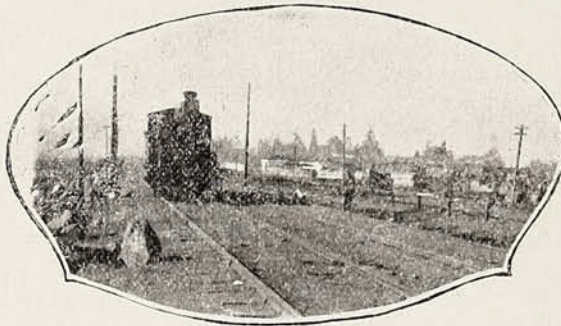
LOS BASURALES

Lo que se viene repitiendo en artículos de periódicos y en editoriales pomposos desde hace ya tanto tiempo, hemos querido exponerlo gráficamente como una prueba del apasible sueño de las autoridades.

Aquí las basuras y desperdicios ni se queman ni se alejan de la ciudad considerablemente para evitar epidemias y contagios. Es ya costumbre arrojarlos, cerca de los arrabales, encerrando la población en un peligroso anillo de infecciones, que nadie se preocupa de remediar.

Es increíble cómo en las épocas de epidemias las autoridades no resuelven este punto importantísimo. Es ya costumbre de los vagos y de las gentes que habitan en las cercanías de los arrabales, ir á revolver los desperdicios en busca de objetos servibles.

Creemos que están demás los comentarios. Las graves consecuencias de este descuido de las autoridades ya lo sabemos todos.





EL RETRATO



Muy á mi despecho he tenido que convencerme; no sabes, ingrata, con qué amargura desde el interior de mi alma, una voz misteriosa, murmuró tristemente: ¡Convénecete, necio, no te ha querido nunca!

Sí, bien, no me ha querido ¿pero por qué conservar mi retrato entonces? ¿Por que me devolvió todas mis cartas, y guardó aquella fotografía? Yo hubiera preferido, sin duda, que todo hubiera terminado para siempre, que nunca me hubiera recordado, que tus lindos ojos desapareciesen en la vida y no los fijases más en mí; pero ese retrato que has conservado, que te has negado á devolver es como un islote donde se refugia mi amor moribundo; y pide tristemente merced. Es necesario sufrir la triste amargura de amar con toda el alma, y ser herido por muchos desengaños para llegar á este triste estado de súplica, de lacrimosa tristeza que debilita mi vida; y me hace detenerme en el camino como un anciano. ¡Triste impulsión de la juventud que se vé repelida por una fuerza superior, inmensa, inapellable, ante la cual el cerebro es un vencido; y el corazón un pobre siervo.

Mil veces me pregunté ¿por qué amas á esa mujer? ¿No otras mujeres más hermosas? ¿Por qué te atormentas en balde, cuando quizás mientras tú gimes tristemente, el corazón que ha nacido para amarte está muriendo de ansia? En vano me lo preguntaba; la respuesta era

la misma: ¿Hay alguien que tenga sus hermosos ojos, hay alguien que con esa dulce altivez de mujer varonil y poderosa se resista á la tibia feminidad de las caricias? Nadie como ella tan generosa, tan grande, tan varonil, tan llena de salud; y sin embargo, tan esquiva, tan coqueta, tan cruelmente mujer.

Sin embargo, en medio de mi desolación dos recuerdos, llenos del grato aroma de las cosas felices, como dos estrellas que atravesasen borrascosas nubes para ir á besar al lago dormido, han brillado dentro del corazón: el beso aquél, fugaz, intenso, en que creí sentir en tus labios el tibio temblor del cariño; y ese retrato, ese pobre retrato que has querido conservar á pesar de todas mis ardorosas súplicas.

A él se ha aferrado mi amor ardientemente ¿por qué lo conservas si no me amas? ¿Es un pobre refinamiento de coquetería? No, esto no lo creo: más bien pienso que sea tu altivez, tu orgullosa altanería lo que haya perdido tu alma para el amor; no sé por qué triste fatalismo has llegado á suponer que en mí había un espíritu que deseaba tu pérdida; ó talvez, tu alma estrecha de mujer vigorosa imaginó que un cariño tan ardientemente manifestado pedía no durar toda la vida. Sí, ha sido miedo, miedo triste y despreciable al verdadero amor que llamaba por primera vez á tu corazón; y tú rechazastes por temor á las conse-

cuencias. Has apagado esa dulce llama, ese ardoroso fuego que te habría hecho mujer en la vida, porque una mujer que no ama para qué sirve? Es el amor la única salvación de la humanidad, el único que de seres vulgares puede hacer naturalezas superiores, el único goce que tendrá el hombre cuando se convenza que todos los demás son fútiles engendros del cerebro, el gran enemigo del alma.

Sí, dulce amor mío, esos dos recuerdos eran para mí fuente de secretos, goces: algo de ella frustificaba en mí, me decía, ebrio de esperanza, ese dulce beso de aquella tarde; y algo mío conserva ella tal vez en su habitación: mi retrato; y esta terca convicción del verdadero amor, que es cándido como un niño me hacía creer que en el fondo me querías, me querías mucho, puesto que era tan difícil que yo le adivinase.

Desde ayer todo ha cambiado: el retrato está en mi poder, sucio, arrugado, porque en mi aguda desesperación lo estrujé rabiosamente entre mis manos. Y puesto que me has devuelto el retrato, el beso ardiente lleno de la dulce poesía del recuerdo, ha desaparecido también de mi vida; y me queda sólo tu alma desnuda, fría y calculadora; tu bello y hermoso cuerpo, lleno de salud, lleno de vida, donde nunca el amor pondrá su inextinguible luz: eres sin duda una triste equivocación de la naturaleza: en tí la vida se ha quedado en el cuerpo: eres una pobre flor sin aroma llamada a podrirse dentro de un vaso de cristal.

¡Como he comprendido ahora la voz interior que tristemente cantaba dentro de mi alma: ¡Convénecete necio, no te ha querido nunca!

MARIANO LATORRE C.

EL DOCTOR KA...KA

El «doctor Ka...ka» venía amurrado, paso á paso, como un buen burgués, con los bracitos cruzados por detrás. No era para menos con el mal rato que lo acababa de hacer pasar su hermanita mayor. Ah!... esa Rebeca se las tendrá que pagar.

Qué le había hecho él? ... Nada ó es decir casi nada: pedirle, y con muy buen modo, que le hiciese un «rrorro de papel» lo que en lenguaje vulgar quería decir un sombrero puntado á lo mariscal Ney. Y como ella se negase, por no suspender la lectura de esos malditos librotos que un muchacho melenudo solía pasarle, por la ventana de su cuarto que da á la calle, en las altas horas de la noche, él había insistido:

«Yo chiere un rrorro... Reéca... Yo chiere un rrorro...» y hasta alcanzó á hacer unos cuantos pucheros. Pero Rebeca... zas; qué atrevimiento! había alzado la mano contra él, el respetabilísimo doctor «Ka-ka», y dándole un sonoro cachete le había gritado:

—«Eh!... déjame en paz chiquillo fastidioso... doctor Ka-ka!!...».

Es decir, lo había vejado de palabra y de hecho, aunque no estará de más el decir que aquello de «doctor Ka-ka» le dolía mucho, pero muchísimo más que el sonoro cachete. El, mil veces lo había ya confesado con su lengua de trapo, que renunciaba á la carrera de bombero que pensaba seguir por dedicarse á la de doctor, pero á la de un doctor serio, con sombrero de copa, barbas largas y lentes con cadenilla de oro y no á la de un miserable doctor «Ka-ka» como esa endemoniada Rebeca se le ocurrió un día decirle nada más que por el gusto de verlo hacer pucheros...

Bien. El agravio estaba hecho, las hostilidades rotas, faltaba pues sólo su venganza. Y mientras el «doctor Ka-ka» se restregaba los ojitos, secándose con las manos las pocas lágrimas de despecho que había derramado, pensó... y el pensamiento aquel le hizo reir.

Volvió sobre sus paños con cara muy pícará, asomóse de nuevo al cuarto de su hermana. Nada! Rebeca, como si tal cosa, leía y leía que daba un gusto.

Entonces, serio muy serio, chupándose afanoso un dedo y mirándola de soslayo, fué acercándose. Trepó primero á una silla y después de ésta pasó á la mesa. Rebeca con los ojos húmedos recorría afanosa las páginas del libro.

El «doctor Ka-ka» se acercó aún más y cuando lo creyó convenientemente dió, quedo muy quedo, rienda suelta á su venganza, Pero Dios mío! aquello resultó un diluvio... Las hojas del libro impregnadas en el líquido amarillento se doblaron, y Rebeca alcanzó escasamente á evitar de un salto que se le mojase también la falda de su vestido crema.

—«Badulaque!... mión!!...»

Y el «doctor Ka-ka»... reía pataleando sobre la mesa: estaba satisfecho, no le importaba ahora que le pegásen y que le gritásen hasta enrronquecer: «doctor Ka-ka»... había realizado su venganza, orinar sobre su maldito rival, el libro del poeta melenudo...

ANTUCCO REPE E.

Santiago, julio de 1910.

i un día azul, muy azul
la blanca niña una cosa
escondió su corazón.

Encontró los versos de una sencillez admirable, de una frescura refrigerante, como si el poeta hubiese rimado algún escondido sentimiento de su alma; y él que sentía en ese momento un amor rejuvenecido, como un antiguo recuerdo vuelto á la vida ó como un ensueño que de pronto cobrase realidad, notó que Juanita sentía algo muy semejante; que también ella encontraba en esas estrofas tal vez de un desconocido poeta popular la esteriorización de una emoción oculta en el fondo de su alma:

Y se pusieron entonces
más azules sus pupilas,
más dorados sus cabellos
y más blanco el corazón;
y entonces también se supo
que lo escondido por ella
no era otra cosa que amor.

Oh! Ya están los azahares
sobre sus bucles de oro:
ella no tiene tristezas
está sonriendo de amor.
¡Adiós, madre de mi alma,
y la blanca niña rubia,
gime ahora de emoción!

Los ojos de la tierna beatita estaban cubiertos de lágrimas; y en la sencilla gente maulina candorosa emoción humedecía los ojos; había en los versos algo como una visión de lo que pronto se vería realizado; rimaban con tan grata sencillez las sentidas estrofas con la dulzura de este cariño al cual un obstáculo inesperado había puesto trabas; y al cual también una casualidad feliz había vuelto á su primavera:

Pasaron más primaveras
y más inviernos pasaron,
la joven volvióse madre,

frutá es ahora la flor;
y dos blancas manecitas
desordenan sus cabellos:
¡los del querub juguetón!

Y con un ademán lleno de timidez, como temiendo romper el encanto en que la dulce canción los había sumido á todos, Juanita dejó la guitarra al lado de su asiento, mirando tímidamente á Ernesto...

—Qué versos tan bonitos! interrumpió entonces una de las hermanas.

De improviso las fisonomías cambiaron: esa seriedad tierna que embarazaba á todos se cambió en una sonrisa alegre y comunicativa.

—Lindos versos! ¿Sabe Ud. Juanita quién es el autor?

La maliciosa sonrisa de su novia desconcertó á Ernesto.

—¿De veras que no se acuerda de quién son?

—Nó, nó, en realidad no recuerdo, ¿por qué?

Juanita se levantó entonces en dirección al piano y buscó una pieza de música en el atril: Ernesto observaba su fina cintura y la discreta y elegante curva de sus caderas, sintiendo locos deseos de tomarla entre sus brazos, sin esperar las mil tonterías del noviazgo, al cual su espíritu impaciente y nervioso encontraba insoportable, ¿si ella me quiere, si yo la quiero á ella, para qué esperar más? Y su nerviosa impaciencia, la loca ternura rebo-saba en su corazón la vertía en el fuego de su mirada de hombre apasionado que hacía bajar tímidamente los ojos á la enamorada chica. Le mostraba la pieza de música, inclinándose hacia él:

—¿No sabe de quién son, ahora?

Y Ernesto turbado reconocía sus versos, escrito en la edad en que se dejaba crecer el cabello y en que no dormía, procurando esperar desvelado la luz del día para tener ojeras profundas que indicasen la hondura del pensamiento; recordaba la pequeña pieza de música, la primera que su novia tocó en el piano delante de él; una musiquilla tierna é ingénua que él había interpretado á su capricho porque se le antojaban esas notas suaves, como chasquidos de besos maternos en la blanca piel de un pequeñuelo; y luego la canción olvidada en el atril,

resucitaba en su ausencia por su novia con el aire de una canción conocida:

—¿Con que eran suyos los versos, Ernestito?

—Sí, míos señora Elvira.

Y esta vez tuvo un pensamiento de cólera para la vieja solterona que lo había llamado *Ernestito* como en aquella época en que procuraba hablar ronco para hacerse hombre.

De vuelta á casa, mientras se desnudaba, la tierna seguridad de su vida le comunicaba una alegría discreta: cantaba dulcemente á media voz, lavándose la dentadura; y en el calor de su pensamiento pasaban los ojos de Juanita, su dulce sonreír, los versos de su canción, como gaviotas que rozan la espuma al recogerse á su peñón salvaje.

—¿Quieres una taza de leche, Ernesto?

—Nó, mil gracias, hermanita.

Ya en la cama, lo invadió violentamente una borrasca de ternura que abrazó sus mejillas y pasó como una ráfaga de viento por su sensible corazón.

¡Dulce amor mío! Tú eres el alma que debía abrir mi corazón á la verdadera vida con la sencilla generosidad de tu amor: lo que no me reveló el sufrimiento, la amargura de lo que llaman experiencia; lo que no me reveló la amistad con su eterna lucha de bajos pensamientos; ni la madre con su ternura; ni los libros con su pretenciosa ciencia, me lo has dicho tú, alma sencilla y buena, sin ambiciones ni bajezas, á través de unos versos á los cuales tu alma dió vida imperecedera como esa canción había yo olvidado la verdadera fuente de mi alma; y ese inagotable veneno de la *vida verdaderamente vivida* se había perdido en la atormentada amargura de mi orgullo tonto, de una vanidad que yo creía como un distintivo de la superioridad de mi talento; pero como un río cuyo cause se pierde en la tierra para reaparecer antes de llegar al mar, mi vida ha encontrado su camino: hermoso y querido Maule, dulce amor mío ¿no he recobrado las únicas fuentes de poesía que existen en la tierra? La naturaleza. la mujer!

Amigo lector, Ernesto 2.º Ramírez se ha dormido.



Sr. S. L. B.—Pte.—Su «Menendez y Pelayo» está muy bien hecho. Se publicará á su turno. Gracias.

Sr. J. M. R. S.—Mostazal.—Sus prosas están bien escritas. Pero el público es enemigo de estas disertaciones.

Sr. Marco.—Pte.—Nuestra revista no puede acoger todos los ensayos de los principiantes. A juzgar por los versos que nos envía, Ud. no ha estudiado métrica.

Sr. V. B. L.—Pte.—Se publicará cuando llegue su turno.

Amatrur.—Pte.—Publicaremos su trabajo en cuanto haya espacio.

Sr. B. O. M.—Pte.—Ud. maneja bien el verso, pero su trabajo es demasiado largo; y para que un semanario sea ameno necesita sólo colaboraciones breves.

Sr. I. E. P.—Pte.—Siga trabajando. Sus versos aún no son dignos de la publicidad.

Sr. R. L. O.—Pte.—Su prosa, como casi todas las prosas que recibimos, carece de interés. El público no es aficionado á esas divagaciones sentimentales, por eso no podemos publicársela. Ud. escribe bien. Ensaye asuntos más interesantes. Gracias por su carta.

Sr. C. A. S.—Pte.—Su manera de escribir no encuadra con la brevedad del soneto. Envíenos otra cosa.

Sr. Marichú.—Pte.—Sus versos tienen mucho sentimiento; pero no están bien escritos.

Sr. R. S. P.—Pte.—Recibimos «Amores Crueles.» Su estilo es demasiado sencillo... le diré francamente, no es estilo.

C. del M. M.—Pte.—Su «Nocturno invernal» cae de interés.

Sr. C. P. B.—Pte.—La orla que nos manda no es publicable. Es muy desproporcionada.

Sr. H. G.—Pte.—Ud. maneja bien el verso, pero le falta originalidad.

Sr. L. C. P.—Pte.—Un poco autoritaria su carta. Procuraremos servirla.

Sr. A. G.—Valparaíso.—Muy bellos sus versos. Se publicarán en cuanto haya espacio. Gracias.

Srs. H. C. P.—H. C. D.—L. C. P.—M. P. C.—R. A. O. M.—Pte.—Sus versos todavía no merecen la publicidad.

R. C. de R.—Hay bastante poesía en sus versos, pero las modificaciones que hace usted á la métrica son demasiado atrevidas y no conducen á nada. Pero aplaudimos sinceramente su valentía. Siga trabajando.



INTERIOR

En un hondo silencio, bajo la luz serena,
dejamos que las horas prosigan su rodar;
ella lee, yo escribo, mas de pronto resuena
su dulce voz que entona melodioso cantar.

Los versos que musita recuérdanme otro día:
«Amo las rosas blancas»... do, si, mi, la, re, sol...
son míos, sí, son versos que antaño la escribía,
cuando brotó esa planta que hoy es hermosa flor.

La suave melodía, su célica belleza,
su encanto mitad místico y otra mitad sensual

me embriagan dulcemente... reclino la cabeza,
y así voy saboreando su canto hasta el final.

Termina...Y como aplaudo: ¡Qué grata voz mi vida!
empurpura su rostro un ingenuo rubor;
cierra el libro; á mis brazos arrójase encendida
y unimos nuestros labios en un beso de amor!

LUIS ENRIQUE CARRERA.

Valparaíso, 1912.

LAS FLECHAS DEL AMOR

NOVELA DE 'COSTUMBRES' MADRILEÑAS

Por Alberto Insúa.

El novelista fuerte, personalísimo y sincero de *Las neuróticas*, de *El demonio de la voluptuosidad*, de *La mujer desconocida* y de otras no menos admirables novelas, que reflejan con arte y con verdad el espectáculo de la vida moderna, ofrece ahora al público un libro de fábula amenísima y de hondura psicológica, titulado *Las flechas del amor*. Nárranse en él, con la maestría peculiar en Insúa, los amores de una «hija del pueblo», que sólo sabe amar y sacrificarse, con un «señorito» sensual, impulsivo y ambicioso, que, más por ceguera que por crueldad, no dudará en sacrificar al corazón que ha de serle fiel hasta la muerte. Novela romántica y noble es esta de Insúa. La suerte de Eugenia preocupa desde las primeras páginas al lector. Y Roberto, con su boda interesada y sus combates políticos y periodísticos, le atrae unas veces y le indigna otras. Hay en *Las flechas del amor* un asombroso desfile de tipos conocidos tomados de la sociedad burguesa de que procede el héroe y de la clase popular de donde ha salido la heroína. Asombra la agilidad del novelista al mover todos los muñecos, dándoles vida, con una rápida descripción. Aparte las figuras principales, los hermanos de Eugenia, el señor Fernando, el político Acevedo, producen también admiración: son reales; el lector los ha visto y oído muchas veces. El fondo de la novela, descripciones de Madrid, de sus calles y paisajes, *sorprende* por su veracidad. El final de *Las flechas* constituye una página de profunda y desgarrante emoción. Este libro superará en éxito á todos los anteriores del gran novelista. Va revestido de una genial cubierta de Marco. Agradecemos el envío a la Biblioteca Renacimiento.



ANTE TI, DESCONOCIDO.

No te conozco—escombros de la Vida—
Arcaica y muda enseña de lo Inerte.
Tiempos ha, que á tu lámpara encendida,
apagóla el bostezo de la Muerte...
Nada me dice tu cuenca semioscura:
ignoro de tu vida los arcanos:
tan sólo se, que en la hueca sepultura,
destrozaron tu rostro los gusanos;
y que allá, en las tinieblas de la Nada,
la Muerte, como herencia a tus despojos,
te dejó su medrosa carcajada,
y el sepulcro... sus sombras en tus ojos.

CLAUDIO DE ALAS.

¡ACORDÉMONOS

DE CABEZA

DEL DOLOR

ANTES QUE

NOS

DUELA!

EN VENTA

EN TODAS LAS

FARMACIAS



CREMA DE ORO

Vea Ud. lo que dice la Ciencia Universal: «Nada supera su eficacia á esta maravillosa Crema para la conservación del Cutis, concluir con los granos, señales de viruelas, grietas, los paños, etc. Una mujer que usa la **Crema de Oro** se encuentra preparada para competir en hermosura con las más bellas...»

Boticas y Perfumerías

Francois Saint Bonnet

Perfumerie PARIS

El Profesor.—Bueno; en conclusión: ¿Cuál es la economía?

Alumno.—Sabido es que una mala digestión...

El Prof.—¡Pero qué digestión ni qué niño muerto... qué tiene que ver.

Alum.—Señor, quiero decir que una mala digestión, acarrea gastos como ser de médico, medicinas y demás enjuagues, lo que se evitaría tomando antes de cada comida una copita de

CINZANO

He ahí la economía.

—¡Aprobado!



Elegancia

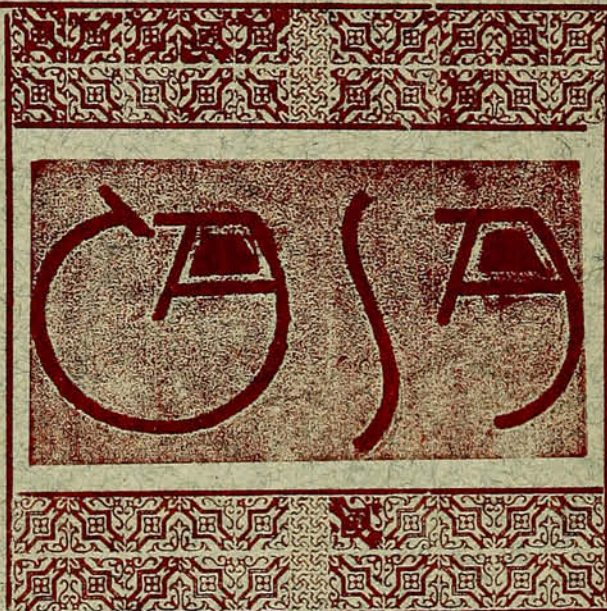
Buen tono



HUÉRFANOS

ESQ.

ESTADO



HUERFANOS

ESQ.

ESTADO

FRANCESA

Moda



Chic